

Selección TERROR

CURTIS GARLAND

CUANDO SALGA DEL ATAUD


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

248 — Club para gente encantadora, *Lou Carrigan*.
249 — La noche del Diablo, *Burton Hare*.
250 — La roja sed del vampiro, *Curtis Garland*.
251 — «Shock», *Clark Carrados*.
252 — Las Brujas de Comftock, *Burton Hare*.

CURTIS GARLAND

CUANDO SALGA DEL ATAUD

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 253
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 46.869 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

«Cuando salga del ataúd que sea en el Juicio Final. Que mi alma esté limpia, aunque se pudra lo material. Que los gusanos invadan mi carne, mas no mi alma inmortal.»

(Irving Elwood, en su cripta de Elwood Manor, año 1882)

PROLOGO
DESPUÉS DE MORIR

CAPITULO I

Sí. Esto era después.

Después.

Después de morir. Después de haber muerto yo.

Porque he muerto. Sé que he muerto. Sé que alguien cerró mis ojos, tras recibir los Sacramentos por parte del padre O'Riordan. Aún recuerdo aquel momento decisivo, cuando supe que todo había terminado, y hasta me era imposible hablar o gritar, protestar o implorar.

Es extraño, singular, el momento en que uno pasa de la vida a la muerte. Quisiera hablar ahora de ello, expresar lo que se siente y lo que deja de sentirse. Pero empiezo a dudar, me pregunto si, realmente, no se equivocaron todos, desde mis parientes hasta mi médico y el propio padre O'Riordan, y yo... yo no estaba muerto.

Pero lo cierto es que oí aquellas palabras del doctor Latimer, cuando tras examinarme, se volvió a todos los presentes y dijo sombríamente:

—Lo lamento, señores. Está muriendo. El señor Matheson ha entrado definitivamente en su agonía. Lo mejor es llamar al padre O'Riordan, si quieren que muera como un auténtico miembro de la familia... Es decir, en la paz del Señor, y como mandan los cánones de su religión.

Maldito fuese aquel doctor. Quise decirle algo, pero mi boca estaba seca y muda, mi lengua inmóvil y pastosa. Sólo podía ver fugazmente las manchas pálidas de sus rostros, rodeándome como un círculo de cirios vivientes, en un clima sombrío y hosco, lleno de murmullos de rezos y de cuentas de rosario desgranadas. Los Elwood habían sido siempre muy católicos. Yo era un Elwood, quisiera o no. Y moría como murieron todos mis antecesores: o un gran lecho rodeado, de gentes fervorosas, en una de las sombrías estancias de Elwood Manor.

Porque yo, Kirk Matheson, a fin de cuentas, era un Elwood por vía materna. Y como tal, tenía que morir en aquellas tierras del norte, tan próximas a la frontera con Escocia.

Tenía que morir. Y había muerto.

Eso sucedió el día anterior, si es que mi sentido del tiempo no había sufrido un brusco deterioro en aquellas horas en que yo estuve en el oscuro y eterno reino de los Muertos.

Por eso lo de ahora no tenía sentido. Ningún sentido.

Sin embargo, yo sabía positivamente que no se trataba de un sueño, ni de una alucinación. Ni tan siquiera de un esfuerzo de mi espíritu por sobrevivir y permanecer entre los vivos.

No era nada de eso. Era, simplemente, la realidad.

Una realidad asombrosa, increíble. Algo que no podía suceder, en buena lógica. Algo que rompía todo lo establecido desde el principio de los tiempos.

Yo... yo volvía a la vida.

Había despertado después de la Muerte.

Y ni tan siquiera estaba solo allí en aquel recinto de alta bóveda, sombrío y fantástico, como podría serlo cualquier ámbito situado más allá de la gran frontera entre la vida y la muerte.

Había alguien conmigo.

Alguien que se volvió a contemplarme cuando yo suspiré con fuerza, y me moví dentro del féretro en que me hallaba.

Ese alguien se limitó a contemplarme, sin sobresalto alguno. Y dijo con voz serena, calmosa, sin la más leve señal de emoción:

—Ya ha regresado... De modo que lo conseguí, Matheson. He conseguido lo que tantas personas buscaron durante siglos enteros. Ha vuelto usted a la vida. Ha resucitado de entre los muertos...

Aquella persona que me contemplaba, que me hablaba con tal serenidad y con un aire tan natural como si todo aquello fuera realmente insignificante... era una mujer.

La mujer más hermosa que había visto en mi vida.

CAPITULO II

—No es posible —dije—. He sido víctima, sin duda, de un ataque de catalepsia. Sí, eso debió ser, estoy seguro...

—Ha leído demasiado a Poe —manifestó ella secamente. Meneó en sentido negativo su cabeza de largo y oscuro cabello, de ojos inquietantes y reflexivos. Su voz no se alteraba aparentemente por nada—. No es tan frecuente la epilepsia en nuestros días, Matheson. Usted no sufrió nada parecido. Usted, simple y llanamente, estaba muerto. ¿Por qué buscar explicaciones complicadas?

—Pero es que no puedo admitir eso, compréndalo. Nadie..., absolutamente nadie..., logró jamás resucitar a los muertos... Es... es algo prohibido...

—¿Prohibido? —ella enarcó las cejas, con gesto perplejo—. Prohibido ¿por quién?

—Por Dios, supongo...

—¡Dios! ¿Quién nos asegura que Dios prohíbe devolver la vida a los muertos, Matheson? Sencillamente, ésa es la justificación que se ha manejado desde que el mundo es mundo, por una razón muy sencilla: porque nadie era capaz de hacerla, y la Ciencia se ha considerado siempre como algo pagano y monstruoso, que atentaba contra la fe. Eso es ridículo, y en los tiempos actuales nadie acepta una teoría tan absurda. Alguien tenía que ser el primero en lograr la resurrección de la vida humana o animal, después del hecho físico de la muerte. Como alguien, alguna vez, podrá lograr la vida eterna o la juventud imperecedera, sin que por ello atente contra religión alguna.

—De modo que, según usted, yo he vuelto a la vida... y seguiré viviendo normalmente, como si nada hubiera sucedido...

—Yo no le he asegurado tanto —me interrumpió ella gravemente, inclinada sobre mí, tomando mi temperatura, mi presión sanguínea, y estudiando los datos que unos electrodos transmitían a una serie de aparatos con indicadores graduados donde sin duda eran recogidas mis constantes vitales, como funcionamiento cardíaco, respiración y todo lo demás. Me miró, algo seria—. Le he garantizado que está usted vivo otra vez. Ha vuelto de entre los muertos, y eso es todo. Ignoro los resultados definitivos de mi experimento, precisamente porque sólo es eso: un experimento. Usted es el primer ser humano que resucito. Antes lo hice con unos cobayas, con un perro, con un mono... Puede resultar igual o no. Está por ver...

—¿Qué ocurrió con ellos, con esos animales? —me interesé.

—Los cobayas murieron —me espetó—. El perro sobrevivió un par de meses. El mono, vive aún. Hace de eso un año. Es lo que me decidió a elegir un ser humano. Opté por usted.

—Vaya... —suspiré, mientras ella anotaba cuidadosamente mis datos clínicos en un bloc—. De modo que puedo morir de nuevo mañana mismo...

—O vivir ochenta años —sonrió ella, fríamente—. Así es, Matheson.

—No debió hacerlo —me quejé—. No es justo ni humano. Yo había dejado ya de sufrir. Estaba reposando para siempre, como en un sueño eterno... ¿Por qué sacarme de él, puesto que Dios había dispuesto mi final y sólo a Él correspondía decidir sobre mi vida y mi muerte?

—Otra vez vuelve a poner a Dios por medio... —suspiró ella, irritada—. Matheson, admito que sea usted un buen católico, pero no tiene por qué mezclar a Dios en un asunto de envenenamiento. No sería ortodoxo, ¿no cree?

—Cielos... —la miré asustado. El control cardiorespiratorio, acusó el altibajo en su control de mi ritmo cardíaco, y ella me hizo un gesto con autoridad—, ¿Ha dicho... envenenamiento?

—Sí —afirmó—. Eso he dicho.

—¿Sugiere que yo..., que yo fui envenenado?

—No sugiero nada —dijo secamente—. Lo afirmo.

Me quedé estupefacto. Vagamente evoqué la inmovilidad de mis miembros en mi agonía, el recuerdo de la presencia del doctor Latimer, del padre O'Riordan... Y yo en el lecho, entre la vida y la muerte, sin poder hablar ni moverme...

Y ante mí, todos los demás: mis familiares y parientes, rostros amigos o queridos...

—La cena, los mareos, las convulsiones... Luego, el dolor repentino en el corazón, la parálisis... Ahora recuerdo todo —musité, entornando mis ojos en aquella rígida postura, dentro aún de mi propio ataúd, como un personaje digno del horror de Frankenstein o de la leyenda de Drácula—. Sí, pueden ser los síntomas de un envenenamiento, pero... ¿cómo, por qué?

—Indicios de arsénico. Produce esos síntomas. Parecidos a un colapso. El doctor Latimer no quiso complicarse la vida, o es un inepto, Matheson. Certificó su defunción, sin más. No hubo autopsia... por fortuna para mí. Y quizá para usted. No hubiese podido resucitarle tras la disección forense, claro está. No soy una hechicera, sino una investigadora.

—¿Cómo sabe que hubo arsénico?

—Soy doctora en Medicina —me expuso secamente—. Es obvio, ¿no? Sus tejidos aún conservan vestigios del veneno. Lo he eliminado de sus órganos. No tengo la menor duda. No es el primero que muere por arsénico en Elwood Manor.

—¿No? —la miré, estupefacto—. ¿Quién más ha muerto envenenado en esa casa?

—Mi padre, el doctor Hendrix. Yo soy la doctora Sue Hendrix. He perfeccionado sus ideas sobre la resurrección humana, siempre que el cadáver sea tratado dentro de las veinticuatro horas siguientes a su defunción, no más tarde. Ahora, quiero que usted me devuelva el favor, Matheson.

—¿Yo? ¿En qué forma?

—Ayúdeme a descubrir quién mató a mi padre. Hay muchas posibilidades de que sea la misma persona que le envenenó a usted. Y una vez descubierta la identidad de ese asesino..., ayúdeme a vengar a mi padre. Eso, a cambio de

su vida. No es mucho pedir, ¿verdad, Matheson?

Ya estaba fuera de mi ataúd.

CAPITULO III

Era como sentirse definitivamente fuera mismo de las sombras de la muerte. Como volver a la vida en una novela gótica de horror cualquiera, de aquellas que había leído en ocasiones, y que en un principio no pude por menos de relacionar con la vieja casona de Elwood Manor y sus marjales próximos, rodeando la propiedad hasta dejar a ésta convertida en una especie de isla entre pantanos, en aquellas tierras sombrías de las Midlands del Norte.

Contemplé en silencio cómo mi nueva y extraña amiga, la doctora Sue Hendrix, hija de un doctor Ralph Hendrix a quien yo jamás había conocido, cargaba mi féretro en una furgoneta azul oscuro, en que transportaría la fúnebre carga, de regreso al panteón de la familia Elwood, a la que yo pertenecía por vía materna.

Todo estaba hecho. Los aparatos e instrumentos científicos recogidos. Mi chequeo clínico había dado resultados absolutamente positivos. Teóricamente, yo gozaba de buena salud. Una perfectísima salud para estar oficial v clínicamente muerto en esos momentos.

Todavía, muchos de los extraños y complejos aspectos de aquella misteriosa resurrección y sus circunstancias, se ofrecían ante mí llenos de misterio y de poca claridad, por no decir ninguna.

Pero, de momento, lo realmente importante era esto: yo estaba vivo. Había regresado al mundo. Había salido de mi ataúd y de mi sepultura en la vieja cripta.

Recordé vagamente la vieja inscripción hecha en el panteón familiar, sobre una lápida gris, obra al parecer de Irving Elwood: «Cuando salga del ataúd/ que sea en el Juicio Final./ Que mi alma esté limpia, /aunque se pudra lo material./ Que los gusanos invadan mi carne/ mas no mi alma inmortal.»

Tal vez el bueno de sir Irving —creí recordar que mi antepasado por parte materna había alcanzado incluso el privilegio de ser nombrado sir por parte de Su Majestad la reina Victoria—, nunca había pensado que su mediocre poema pudiera llegar a ser realidad alguna vez. Pero una realidad concreta, material, no un simple deseo de inmortalidad en el Más Allá.

La doctora Sue Hendrix había tenido éxito en la tarea increíble que iniciara su padre, el doctor Ralph Hendrix. Al parecer, tenía en sus manos el secreto de la Vida y de la Muerte, como una moderna Mary W. Shelley que hubiese decidido crear un monstruo de Frankenstein relativamente más atractivo que el de la esposa del honorable señor Wollencraft.

Después de todo, aunque nunca fui demasiado vanidoso, creía ser algo más presentable que la criatura del doctor Víctor Frankenstein e incluso que el muy sofisticado y erótico Conde Drácula de Bram Stoker.

Pero la rara, inquietante sensación de ser una mezcla híbrida de ambos monstruos literarios, me hacía sentirme un poco cohibido y amedrentado de mí mismo y de mis futuras posibilidades.

Legalmente, ni siquiera sabía lo que era. ¿Un muerto, un resucitado, un

fantasma, un moribundo, una aberración clínica, semejante a un cobaya humano sin razón ni lógica?

Fuese lo que fuese, sentía, vivía, respiraba y pensaba. Eso, ya era algo. Además, incluso me sentía extrañamente excitado ante la presencia de la doctora Hendrix. Y no era en absoluto por sus dotes de investigadora y por su influencia en mi actual estado. No admiraba a la científica, sino a la mujer, llana y simplemente.

Yo, que apenas si hacía una vida sexual de rutina con mi joven esposa Eileen, antes de morir súbita —y violentamente al parecer— en Elwood Manor, durante aquellas malditas vacaciones invernales, experimentaba ahora en todo mi ser un peculiar estado de ánimo. Y mis ojos se fijaban con demasiada insistencia en ciertos puntos de la muy respetable anatomía de la doctora Hendrix, con un instintivo afán de complacencia, casi con deseo.

Porque además de hermosa de rostro, la doctora Hendrix era una joven sorprendentemente bien formada. Sus pechos eran erguidos y agresivos, sus caderas muy bien silueteadas, bajo su breve cintura, y sus nalgas se marcaban descaradamente bajo el tejido blanco de su liviana bata de trabajo.

Mi corazón palpitó con más fuerza, y la pantalla del cardioscopio lo reveló así del modo más indiscreto. La doctora se alarmó, volviendo la cabeza hacia mí, y descubrió mis ojos clavados en su trasero.

Sonrió con cierta frialdad, y se irguió, estudiándome con claro reproche. Su voz también tuvo un tono de queja.

—Matheson, es usted un hombre casado. Sexualmente, no sé que sea nada notable. ¿Qué le ocurre ahora?

—No lo sé —confesé—. Tal vez sea el despertar. O sus propios encantos, doctora.

—Su esposa es joven y atractiva, creo recordar...

—Lo es. Pero sospecho que hace tiempo que no nos amamos demasiado. Formamos uno de esos aburridos matrimonios de nuestro tiempo, que se resisten a admitir su fracaso como pareja.

—Ya. Y le atrae más cualquier otra mujer, ¿no es cierto?

—No, no es cierto. La verdad es que mi vida es bastante aburrida actualmente. Por eso me sorprendió más aún su informe sobre ese presunto envenenamiento de que fui víctima. ¿Quién podría tener motivos para matarme?

—Es usted un Elwood, por parte materna. Heredero de una considerable fortuna. Y con negocios importantes. Por mucho menos de todo eso se mata a un hombre, créame.

—Tal vez tenga razón. Como le decía, mi vida es muy poco movida, no hay emociones de ningún tipo en ella, o no las hubo hasta ahora, cuando menos. Ni siquiera tuve aventura amorosa alguna. Y, de repente..., la veo a usted y siento unas sensaciones extrañas, doctora Hendrix.

—¿Qué clase de emociones?

—Llámelas como quiera —suspiré—. Pero no me importaría engañar a mi

esposa por primera vez... ahora mismo.

Sue Hendrix me contempló con frialdad. Luego, ante mi asombro, empezó a desabotonar su blanca bata. Vi, debajo de ella, una falda y un simple corpiño que sujetaba dificultosamente sus generosos pechos.

—Muy bien —dijo con frialdad—. Como doctora, considero que sus inhibiciones y represiones anteriores podrían influir negativamente en su comportamiento futuro, Matheson. El sexo no es ningún tabú. Engañar a su mujer con otra, o sentir deseos hacia una hembra, es algo perfectamente normal, que su moralidad le prohibió a veces. Ahora, usted es una gran parte de mi propia obra y, como tal, debe seguir mis directrices. Recuerde que me debe la vida. Puedo exigirle algunas cosas a cambio. Sexualmente, no soy una persona ardiente, ni espero que usted lo sea. Sencillamente, usted necesita esto. Y yo debo dárselo. Quiero estar segura de que, en el futuro, una emoción excesiva no va a dar al traste con su nueva existencia. Este es el momento de probarlo.

Se había despojado de la bata. Ahora empezaba a hacer lo mismo con su falda. Lo que siguió, me dejó sin aliento.

Tras esas prendas, su cuerpo joven, vital, exultante de formas pletóricas, vino hacia mí con paso lento, mientras desprendía su corpiño y su slip, en el más audaz, natural y fantasmagórico strip-tease que jamás pudo uno imaginarse, en aquella vieja sala de remembranzas góticas, hasta quedar ante mí, vestida como Eva, proyectando hacia adelante sus senos vigorosos y macizos, dejando resbalar sus manos suavemente por las redondeadas caderas...

—Pero..., pero esto es... precipitado... —murmuré, confuso.

—Por el contrario, Matheson. El índice de sus constantes vitales me hace pensar que es, justo, el momento —sonrió, entornando sus ojos y estilando sus brazos hacia mí—. Luego hablaremos de mi venganza y de su posibilidad de hacer justicia y descubrir a su asesino, quizá el asesino de mi padre también. Pero ahora..., ahora venga. Venga hacia mí, Matheson.

¿Qué podía hacer yo? Naturalmente, fui hacia ella.

Lo demás, me convenció de que, ciertamente, había resucitado.

Y que, además, jamás me sentí tan vivo como ahora.

PRIMERA PARTE
EL RETORNO

CAPITULO I

—¿Se marcha ya, padre O'Riordan? El sacerdote suspiró, asintiendo, mientras dirigía una mirada de preocupación hacia las grandes ventanas encristaladas de la casa, donde la lluvia golpeaba ya con fuerza desde hacía más de media hora.

—Espero que el temporal no lo impida, señores... —murmuró, moviendo la cabeza pensativo—. Estas regiones, cuando se generalizan las lluvias, se hacen sumamente peligrosas, debido a que los caminos se inundan y se confunden con los marjales. Soy un buen conocedor de la región, pero mucho me temo que en circunstancias así, ni el más hábil de estos contornos se atrevería a desafiar tales problemas.

—Por nosotros, puede quedarse a pasar la noche aquí, padre —habló cansada, tristemente, la viuda Matheson, levantando sus ojos azul-grises, tan sombríos ahora como el celaje tormentoso, del plato donde apenas si había llegado a tocar los alimentos—. Incluso sería un consuelo para todos, estoy segura, su presencia bajo este techo por una noche más...

—Señora Matheson, le aseguro que nada me causaría más placer, pero si ha de ser así, contra mi voluntad —el sacerdote retiró su plato, también casi intacto, y tomó un sorbo de la copa de vino—. Son ya dos fechas las que he perdido entre la agonía, la muerte y el funeral de su infortunado esposo, y mis feligreses de Halbrook necesitan de mi atención también, aunque mi coadjuntor se ocupe ahora de ellos.

—Pues ¿qué puedo decirles yo de mis pacientes? —Se quejó el doctor Latimer, que por el contrario, mostraba su mejor apetito, y el plato que situara ante él la doncella de los Elwood, aparecía completamente limpio—. Si he venido esta noche aquí, ha sido atendiendo a los ruegos de la señora Matheson, para compartir esta cena con todos ustedes, pero imperiosas obligaciones profesionales me reclaman en otros sitios, y aunque caigan centellas a millares, tendré que salir de aquí apenas termine la cena, para visitar a los Tapleton, a los Murdock y a la señora McGinty, antes de retirarme a descansar. Eso, sin contar con alguna otra posible llamada de otro paciente, aunque no hay urgencias, o en otro caso, mi esposa me hubiese avisado aquí, conforme le indiqué.

Molly Greaves, la doncella, retiró los servicios para situar ante los ocupantes de la casa y sus invitados los platos de postre y un pastel de fresas realmente apetecible.

La señora Matheson, vistiendo totalmente de negro, contrastando con la suave palidez de su semblante, el azul agrisado de sus ojos y el tono rubio meloso de su cabello liso, miró con indiferencia a los que ocupaban la larga mesa del comedor de recepciones de Elwood Manor y manifestó con voz apagada, tras una pausa incómoda para todos:

—Pensar que Kirk, mi esposo, estaba con nosotros aquí mismo,

anteanoche, antes de ponerse enfermo y morir con tal rapidez... Resulta increíble imaginar que todo eso haya podido suceder en sólo dos días...

Nadie comentó nada. Hubo asentimientos mudos y cambios de miradas de circunstancias, mientras la viuda se expresaba así. Sólo al final, la voz del más joven de los asistentes a la cena resonó en el amplio y bien decorado comedor que conociera en otros tiempos los esplendores Victorianos del país y de la familia:

—Creo que no deberías pensar en ello, tía Ellen. Es mejor tratar de olvidar, mirar hacia adelante. El pasado ya no tiene remedio. Los muertos no vuelven a la vida...

Este último comentario, tal vez estuvo fuera de lugar. Eileen Matheson apretó los labios y bajó la cabeza, abstraída. Sus blancas manos apretaron con fuerza el borde de la mesa, sobre el mantel.

—Lo siento —musitó el joven—. No debí decirlo...

—Creo que, en efecto, no debió decirlo, joven —sonó una voz agria, cargada de reproches—. Además de ser un comentario inoportuno, dista mucho de ser cierto. Personalmente, dudo mucho de que los muertos no vuelven a esta vida..., aunque no lo hagan como fueron durante su existencia. Es más, estoy segura de que, en estos mismos momentos, Kirk Matheson no puede estar lejos de nosotros...

Si el comentario del joven comensal había resultado inoportuno, estas últimas palabras hicieron en los presentes el efecto de un trallazo. Eileen Matheson alzó la cabeza, sobresaltada, para mirar a la vieja dama canosa que con tal seguridad se expresaba, el doctor Latimer dejó caer de su boca un trozo de dulce pastel y el padre O'Riordan se persignó, al tiempo que otra persona reprochaba a la vieja dama:

—Por favor, señora Winthrop, creo que todos agradeceríamos mucho que no dejase flotar su imaginación tan libremente, y se abstuviera, en las actuales circunstancias, de convertir una situación tan penosa en pretexto para sus creencias espiritistas...

—No he pretendido herir ni molestar a nadie, señor Elwood —se irritó la señora Winthrop, irguiendo airadamente su cabeza de grises y rebeldes cabellos—. En cuanto a mis creencias, no son ningún motivo de escándalo, porque sé muy bien lo que digo, y no trato de restar seriedad ni trascendencia a lo aquí sucedido. Me limito, simplemente, a rebatir eso de que los muertos no regresan, porque yo sé que eso no es cierto. Yo ha hablado con seres que se marcharon, y volvieron a ser invocados, porque su alma no descansaba en el Más Allá, especialmente si su muerte fue violenta. Por ejemplo, el buen doctor Hendrix, ha aparecido ya en varias ocasiones, manifestándome su deseo de que se haga justicia y su asesino pague sus culpas...

—¡Señora Winthrop! —Se puso airadamente en pie el llamado Elwood, como persona aparentemente de más autoridad en la casa—. ¡Le ruego, en nombre de la buena educación y de los principios sociales más elementales, se abstenga de seguir con esas tonterías, y más aún involucrando a

respetabilísimas personas como el doctor Ralph Hendrix, cuya muerte fue simplemente causada por su enfermo corazón, como el propio doctor Latimer, aquí presente, certificó en su día...

—Señor Elwood, yo insisto en que, pese a que pensaba igual que usted inicialmente, el doctor Hendrix me ha visitado, en espíritu, manifestando su pesar por haber muerto sin que nadie castigase a su asesino. El afirma que alguien le arrancó violentamente de entre los vivos, y con todos mis respetos..., entre los médicos y los espíritus, siempre daré más crédito a estos últimos, que no tienen por qué engañar a quien comunica con ellos.

Evidentemente, la postura de la señora Winthrop, con su enérgica insistencia en mantener algo que irritaba a los demás, no sólo había creado un clima de tensión en la sala, sino que la propia cena familiar había empezado a moverse ahora por derroteros de desastre, a causa de tal duelo dialéctico entre la anciana señora y el muy respetable caballero Horace Elwood, tío del difunto Kirk Matheson, y tío también del joven Cary Elwood, que hablara anteriormente.

—Por favor, señores, les ruego que no sigan esta discusión —pidió el padre O'Riordan suave pero firmemente—. Como sacerdote y como católico, me resisto a admitir las afirmaciones de la señora Winthrop, pero considero que es muy dueña de tener el criterio y | la fe que guste. Lo mejor, sin embargo, sería no tocar ¡ese tema ahora y aquí, dadas las circunstancias.

—Lo siento, padre —musitó la dama, con tono modoso—. No insistiré en ello. Es más, pido disculpas a la señora Matheson por mi imprudencia. Pero afirmo que el doctor Hendrix no murió de enfermedad..., ¡sino envenenado! El mismo me lo dijo. Y termino aquí la discusión.

Apretó sus delgados y rugosos labios, como subrayando su afirmación, y se puso a comer tarta de fresas como si no hubiera otra cosa que hacer en el mundo. Evidentemente airado, Horace Elwood la fulminó con la mirada, se contuvo ante una mirada elocuente del padre O'Riordan y terminó por sentarse a regañadientes.

Un silencio de plomo pesó sobre la larga mesa repleta de comensales. Ese mutismo hizo que el estruendo de la lluvia torrencial en los ventanales se hiciera casi insoportable. Las luces oscilaron fugazmente un momento y se cruzaron miradas de sobresalto. Pero terminó por estabilizarse el fluido eléctrico.

—Mala señal —refunfuñó otro de los comensales, arrugando el ceño—. Si se corta el fluido eléctrico, va a ser una noche de perros...

Asintieron todos, como agradecidos de que el cauce de los comentarios se fuese por otro lado. Sólo Eileen Matheson continuó con la vista baja, sin conmoverse, sin probar apenas el dulce de fresas.

Carraspeó el hombre de aspecto severo, de cabellos entre rubios y canosos, sentado justamente a la izquierda de la viuda, y jugueteó distraído con sus cubiertos, dejando en el plato una porción generosa de dulce, como si tampoco tuviera demasiado apetito. Luego, su mirada recorrió a los presentes,

con aire abstraído.

—¿Preocupado por algo, abogado Coffern?

Casi le sobresaltó la pregunta. Alzó la mirada, enarcando sus cejas con gesto interrogativo, y miró a quien la había formulado. Descubrió una leve sonrisa en aquellos jugosos, frescos labios femeninos, pese a que los ojos color ámbar se mantenían graves y como absortos en muy complejos pensamientos.

—Oh, no, señorita Elwood —dijo el aludido, cruzando su mirada con la de la mujer más joven y atractiva de toda la Sarga mesa de comensales—. No es preocupación. Sólo abstracción. Pensaba en mi trabajo, en todo lo que hay que hacer a partir de ahora...

—Como albacea testamentario de los Elwood, comprendo que su presencia aquí resulte hoy poco agradable, Coffern —suspiró Horace mirando al abogado—. Pero mi hija tiene razón. Parece usted algo preocupado.

—Siempre lo estoy cuando tengo un trabajo arduo por realizar —asintió el hombre de leyes—. El testamento de Kirk Matheson es un asunto de gran importancia, a fin de cuentas. Siempre lo son los testamentos de los hombres muy ricos y con numerosa familia.

—No tan numerosa para la fortuna de los Elwood —comentó la joven hija de Horace—. A fin de cuentas, sólo somos mi prima Eileen, mi padre, mi primo Cary... y yo. Que sepa, no queda más familia con vida en .el mundo. De modo que no puede ser muy difícil la cuestión.

—Wendy, no seas cínica —le reprochó su primo Cary agriamente—. Parece que sólo te interesara el dinero de nuestro difunto primo...

—Al menos, yo soy sincera —le replicó vivamente ella con mirada centelleante—. Digo lo que siento. También lamento de veras la muerte de Kirk, cosa que tú sin duda no haces. Pero como no puedo remediar su muerte ni hacerle volver con nosotros, como sería mi deseo, debo ser práctica y pensar en lo único que queda ya de él en este mundo: su dinero.

—Por favor, callaos todos —cortó agriamente Eileen, saliendo súbitamente de su abstracción y apartando de sí el plato con tal violencia que derribó la copa de vino, derramando su rojo contenido sobre el blanco mantel, como si fuese una mancha de sangre repentina—. Siempre supe que todos nosotros, los Elwood, éramos una familia lamentable y repulsiva, pero nunca lo había visto tan claro como hoy.

—Querida prima, pareces muy indignada por algo que no puede venirte de nuevas — objetó maliciosamente Cary Elwood—. Eres una Elwood, a fin de cuentas, quieras o no. Aunque tu apellido sea Matheson, Kirk era un Elwood por parte materna, y la sangre de una madre es siempre la que cuenta, aunque su apellido se pierda en sus hijos. Y si ella se casó con un Matheson, fue porque los Matheson tenían más dinero que los arruinados miembros de la familia Elwood. ¿No pensaste tú algo parecido al casarte con un Matheson-Elwood?

—¡Cary, te prohíbo que sigas hablando así! —rugió su tío Horace,

enfurecido.

—Como ustedes ven, no somos precisamente una familia bien avenida..., ni siquiera con el cadáver de Kirk todavía caliente —dijo con sarcasmo Wendy Elwood, mirando al padre O'Riordan y al doctor Latimer, con expresión sardónica.

Ellos, en una situación harto embarazosa, bajaron la cabeza, sin atinar a dar opinión alguna al respecto. Solamente la voz estridente de la inefable señora Winthrop volvió a sonar en el comedor, tras una breve risita de ironía.

—Una vez vi una familia semejante en el sur de Inglaterra. Eran buenos amigos míos, pero también ellos disputaban por el dinero familiar... hasta que una noche, lo recuerdo muy bien, las luces se apagaron repentinamente, sin explicación razonable alguna..., y se les apareció el espíritu del difunto, para reprocharles su codicia...

En ese preciso instante, un centelleo fulgurante, allá en el exterior, fue acompañado por un formidable bramido llegado de las alturas. Temblaron las vidrieras, se estremecieron los cimientos de Elwood Manor, la luz osciló de nuevo... y terminó por extinguirse.

Un grito agudo sonó en la súbita oscuridad que invadía la residencia y el exterior. La lluvia batió con más fuerza en los cristales.

—¡Calma, calma, por favor! —Sonó la voz firme del doctor Latimer—. Es sólo un apagón. Esa chispa eléctrica, sin duda...

—He sido yo quien gritó —dijo gravemente la doncella que servía la mesa, con tono de disculpa—. Perdonen... Como la señora estaba hablando precisamente de..., de...

—De fantasmas, sí —aseveró con sequedad Horace Elwood—. La señora Winthrop tiene el don de la inoportunidad, evidentemente. Serénese, Molly. No ocurre nada. Aquí no hay espectros. Sólo un temporal que nos dejó sin luz ¿no es cierto padre O'Riordan?

—Por supuesto —asintió el sacerdote—. No hay que buscar explicaciones sobrenaturales a algo tan normal como una tormenta, señores. Se trata de una simple casualidad que no debe asustar a nadie. La señora Winthrop hacía uno de sus habituales comentarios... y en ese momento, una chispa eléctrica ha debido caer sobre algún transformado de esta zona, provocando la avería. Además, la lluvia arrecia. Mucho me temo, señora Matheson, que deberé hacer caso de su ofrecimiento y quedarme por esta noche aquí, en su casa. Los caminos estarán intransitables en menos de diez minutos, con semejante torrente de agua.

—Ya sabe que está en su casa, padre —suspiró la viuda—. Molly le indicará su habitación, ¿Y usted, doctor Latimer?

—Presiento que deberé seguir el ejemplo del padre O'Riordan, al menos hasta que amanezca.

—Pues hay sitio para todos, no se preocupen —dijo Eileen Matheson al tiempo que Molly Greaves, la doncella, con un poderoso esfuerzo de voluntad lograba encender un candelabro, cuyas cuatro velas dieron una claridad leve,

fantasmal, el amplio comedor. A través de las vidrieras era ahora perceptible el fulgor cárdeno de los relámpagos, que prestaba fugaz y fantástica iluminación a los presentes. Sus rostros eran como máscaras flotando en la sombra.

—Lamento que haya coincidido con lo sucedido —se excusó la anciana vecina de los Elwood—, No pretendí asustar a nadie...

—Sin embargo, lo logró —fue seca Eileen en su respuesta—. Molly, avise a Woodward. Que prepare las lámparas de gas y de petróleo. Es posible que la avería se prolongue largo rato.

—Sí, señora —asintió la doncella, ausentándose de la estancia, con cierta aprensión, por el corredor en sombras.

El abogado Coffern carraspeó, al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Espero que esto no nos impida leer el testamento del señor Matheson —dijo gravemente—. Ya saben que su voluntad era que fuese leído justamente después de la cena, la noche del día en que se terminaran los funerales por su eterno descanso...

—No se preocupe —musitó la viuda con un claro esfuerzo por mantenerse firme—. Esto no alterará nada. Haremos la lectura en la biblioteca, en cuanto mi jardinero traiga esas luces de gas y de kerosene.

—Por nosotros no deben preocuparse —terció el doctor Latimer—. Nos retiraremos a descansar inmediatamente.

—No necesitan hacerlo, si no lo desean —le respondió el abogado Coffern —. No hay limitación de personas presentes a la lectura. El señor Matheson, personalmente, me aclaró que cuantas personas hubiera en la casa en el momento de procederse a esa lectura, podrían asistir en calidad de testigos presenciales a la notificación pública de su última voluntad.

—Es muy amable,, señor .Coffern —dijo el padre O'Riordan—. De todos modos, ¿no les resulta extraño todo esto?

—¿Extraño? —El abogado enarcó las cejas—. ¿El qué, padre?

—Todo lo relativo al testamento. Un hombre joven, que no ha cumplido los treinta años, hace repentinamente testamento, apenas llegado aquí, como si algo le dijera que su vida peligraba, que podía morir en cualquier momento... ¿Resulta habitual algo así?

—Pues, francamente, no —tuvo que admitir el hombre de leyes, pensativo —. A su edad, casi nadie hace testamento. Pero el señor Matheson era un joven muy extraño en ciertas cosas.

—¿Extraño él? —se interesó Eileen vivamente—. ¿En qué lo era mi marido?

—Bueno, verá, señora... —Coffern parecía sentirse incómodo—. Es como..., como si tuviera premoniciones o algo así. Presagios, corazonadas, llámelo como usted quiera...

—¿Por qué dice eso? —ahora era la joven Wendy quien mostraba su más palpitante interés por el asunto.

—Bueno porque así, de repente, mientras estábamos de charla

intrascendente, se quedó mirándome y me dijo: «Amigo Coffern, no quiero que cualquier día, la ; muerte me pille de sorpresa. Quisiera dictarle mi testamento. «¿Ahora?», le pregunté yo, asombrado.

«Sí, ahora, ¿por qué no?», fue su respuesta. «La muerte no avisa muchas veces. Ser joven no significa estar seguro de vivir mucho tiempo. Hagámoslo ahora.» Y lo hicimos.

—Fue premonición... —aseveró la voz aguda de la señora Winthrop—. El era un ser parasensorial no hay duda. De los que se anticipan al tiempo, a los acontecimientos. Sabía más que los demás... y lo demostró. Son las personas así... las que terminan por volver.

Sin duda hubiera sido víctima la señora Winthrop de un buen rapapolvo por parte de varios asistentes, si en ese momento, alguien de la larga mesa no hubiera descubierto el rostro pegado a los cristales, allá bajo la lluvia, y no hubiera resonado en el comedor un alarido de mujer, lleno de terror y de angustia.

CAPITULO II

—No saben cómo lo lamento...

—No ha sido culpa suya, señor Burns. Creo que con lo sucedido, y la tormenta de esta noche, todos estamos aquí un poco nerviosos —se justificó serenamente Horace Elwood—. Debe disculpar a mi hija. Ella solamente vio su rostro pegado a la vidriera, no pudo reconocerle...

Scott Burns resopló, enjugándose con igual entusiasmo el sudor y el agua que empapaban Sus cabellos, rostro y cuello. Miró en torno, con pesar, mientras el fornido y silencioso Alan Woodward, jardinero de la residencia de los Elwood, iba depositando en el mostrador, sobre los diversos muebles, lámparas de gas o de petróleo, estilo camping, para ahuyentar las tinieblas reinantes.

—Aun así me considero responsable de la pésima impresión que les produje — insistió—. Pero no pensé entonces en ello, lo confieso. Al verme con mi coche hundido en ese maldito charco, con el torrente de agua que me caía encima, y los senderos virtualmente impracticables para seguir a pie por ellos, perdí la serenidad y pensé sólo en protegerme en alguna parte. Este es el edificio más próximo.... y aquí estoy. Espero sepan disculparme por todo.

—Señor Burns, no se excuse más —terció Eileen Matheson suavemente—. Es uno de nuestros vecinos, pero las vecindades aquí ya sabemos que significan a veces los o tres millas de camino difícil, sobre todo en pleno temporal. De modo que sea bien venido a nuestra casa, y considérese como en la suya propia.

—Son muy amables, gracias —resopló el hombre—. ¿Puedo..., puedo telefonear a casa, para que mi hermana no se sienta preocupada por mi ausencia, señora?

—Claro. Utilice el teléfono cuantas veces guste. Ya le dije que está usted en su casa. ¿Desea comer algo, tomar alguna copa...?

—No, no, gracias —se excusó el vecino, encaminándose al teléfono del comedor con paso tardo y pesado—. Tomé algo en Halbrook, antes de emprender el camino. Me encuentro bien. Si acaso, un poco de brandy no me vendría mal,.., siquiera fuese para entrar en calor.

—No faltaba más, señor Burns —Horace se apresuró a tomar una botella de un mueble, escanciando una generosa dosis de licor en una bella copa de cristal Fallado—. Aquí lo tiene. Y, por favor, Woodward, busque ropa seca para nuestro visitante, la que sea. Si sigue con esas prendas empapadas, puede coger una pulmonía.

—Sí, señor —se apresuró a afirmar gravemente el sombrío y taciturno jardinero—. Enseguida buscaré algo...

Dejó las luces encendidas, aclarando notablemente el ambiente del comedor, y se alejó hacia las dependencias de servicio. La calma había vuelto a los ocho comensales reunidos en torno a la larga mesa, aunque ahora

algunos de ellos deambulaban ya, en pie, de un lado a otro, fumando, tomando alguna copa o simplemente, dando rienda suelta a su tenso estado de nervios.

—Soy una tonta —musitó Wendy, cuyos cabellos color cobre brillaban con un rojo centelleante a la claridad de las lámparas actuales. Los ojos ambarinos se perdieron en distantes recodos todavía en sombra, donde parecían anidar ocultas amenazas que nadie podía ver—. No sé cómo la visión del señor Burns, pegado a la vidriera, pudo asustarme tanto.

—Creo que la culpa de todo la tiene la señora Winthrop, querida —manifestó con acento confidencial su primo Cary, inclinándose hacia ella—. Esa vieja bruja ha logrado ponernos nerviosos a todos, con sus historias de aparecidos.

—Tonterías —rechazó Wendy— Sabemos que no existen los aparecidos. No debimos dejarnos impresionar por sus palabras. Es una vieja chiflada, Cary.

—Claro que lo es —rió su primo, tomando un sorbo de scotch—. Pero esta noche, con la tormenta y la ausencia de luz eléctrica nos jugó una mala pasada y...

Se interrumpió. Scott Burns se volvía hacia ellos, agitando el teléfono en su mano gordezuela.

—Lo siento —dijo con su tono compungido habitual—.Pero no funciona...

—¿Cómo? ¿Que no funciona? —se sorprendió Horace—. Es raro. Yo lo utilicé justo antes de cenar... Y creo recordar que también el doctor Latimer...

—Cierto —apoyó éste acercándose—. Yo llamé cuando ya nos habían servido la sopa, señor Elwood. Y funcionaba perfectamente.

—Quizá el temporal también ha averiado la línea... —señaló Burns, ceñudo—. Pudo derribarse algún poste telefónico y...

—Sí, tal vez haya sucedido eso —admitió Horace Elwood, con gesto de contrariedad—. Pero no me gusta. Eso nos deja virtualmente incomunicados.

—Ya lo arreglarán mañana —suspiró el padre O'Riordan, resignado—. Me temo que no podremos hacer nada por nosotros mismos, señores.

Horace probó varias veces establecer comunicación con igual resultado negativo.

Colgó, malhumorado, y se sirvió un generoso brandy.

—Otra contrariedad más en la misma noche —resopló Coffern, dejando su copa sobre un mueble—. Evidentemente, no tenemos suerte hoy. Bien, caballeros, ¿qué les parece si pasamos a la biblioteca?

—Sí, por favor —asintió la viuda—. Cuanto antes terminemos con todo esto, tanto mejor. Son trámites que me disgustan.

—Lo comprendo muy bien, señora. Pero ha de hacerse. Su esposo así lo quiso... y así se hará. Por favor, pueden ir pasando todos. Usted también, señor Burns, si lo desea. No hay inconveniente alguno en que esté presente en la lectura del testamento del señor Matheson...

—¿Testamento? —Burns abrió mucho sus ojos y boqueó—. Oh, no, no,

gracias. No me gustan esas cosas. Prefiero quedarme aquí..., con mi copa de brandy, gracias.

—Como guste —Coffern invitó a todos a cruzar el umbral de la vecina estancia, les siguió luego, con su maletín de ejecutivo, de piel negra y bordes metálicos, y cerró tras sí suavemente.

Scott Burns se encaminó a un sofá, con su copa en la mano, y se acomodó en él, la mirada perdida en la torrencial cortina de agua que se veía caer al otro lado de las amplias vidrieras.

Dentro de la biblioteca, comenzaba la lectura del testamento. Molly, la doncella, retiraba los últimos servicios de la larga mesa, y el jardinero Woodward llegaba un poco después con unas prendas secas para substituir las empapadas que llevaba encima el vecino de los Elwood.

* * *

El único ruido en la estancia, fue el crujir de papeles en las manos largas y huesudas de Symon Coffern, el abogado de Halbrook.

La luz de una lámpara de gas se derramaba, azulada, sobre los documentos autógrafos, escritos de puño y letra por el desaparecido Kirk Matheson.

Un carraspeo marcó el inicio de la lectura. Frente a él, al otro lado de la mesa, siete personas permanecían reunidas en silencio, unas en pie, otras sentadas, con la figura enlutada v pálida de Eileen, la viuda, en el centro mismo.

—¿Serán necesarios los sirvientes de la casa también? —indagó Horace Elwood, antes de que el abogado comenzara la lectura.

—No, no lo creo —suspiró Coffern—. Matheson no dijo nada al respecto. No creo que les deje legado alguno, puesto que no eran sus servidores, sino los de esta casa y, por tanto, los de ustedes, señor Elwood.

Horace asintió, sin añadir palabra. Tras otro carraspeo comenzó la lectura del testamento, con el trasfondo del agua deslizándose rumorosa por las vidrieras que una cortina casi totalmente cerrada, amortiguaba de forma notable. Por la rendija que esa cortina dejaba abierta, se colaba de vez en cuando el fulgor de los relámpagos.

—«Yo, Kirk Matheson, de veintinueve años de edad, en pleno uso de mis facultades mentales y por propia voluntad... —se inició la lectura, grave y reposada—, extiendo éste mi testamento, en la seguridad de que si llega a ser leído, significará que he dejado de existir y, por tanto, mis previsiones no fueron erróneas. Algo me dice que mi vida peligra, que puedo morir en cualquier momento. No sé la razón ni la imagino siquiera. Me siento fuerte y lleno de salud, pero algo me previene contra la tremenda posibilidad de la muerte próxima e irremisible. Tal vez sea todo un error, un simple producto de un extraño sueño que he tenido varias veces últimamente, pero prefiero dejar todo en orden, si lo peor llega a sucederme.»

El abogado hizo una pausa. Examinó a los presentes a través de los

cristales de sus gafas. Captó expresiones aturdidas o perplejas. Algunas, temerosas, o inquietas. Y una especie de mueca de superioridad, de brillo triunfal, en el rostro y ojos de la inefable señora Winthrop.

Prosiguió, como si él mismo hubiera querido reanimarse tras aquel corto silencio:

—«En consecuencia, quiero dejar aquí constancia de mi firme voluntad de premiar la fidelidad y afecto de mi esposa Eileen, dejándola propietaria absoluta de la mayor parte de mi fortuna personal, ya que no poseo hijos ni otros parientes, excepto los que descienden de la familia Elwood, por parte de mi madre. A ti, Eileen querida, te dejo mis propiedades de Londres, mi fortuna personal y cuanto poseíamos ya en común. Eso en lo que se refiere a los bienes de los Matheson, que yo heredé de mi padre. Todo aquello que sea de mi madre, puede pasar a los Elwood, porque es de justicia que así sea. Elwood Manor puede seguir siendo para tío Horace, que será desde hoy su dueño legal. La finca de Halbrook será para mi primo Cary, así como un legado de diez mil libras esterlinas que tú misma le entregarás. Y para mi prima Wendy, a quien no olvido aunque ella piense lo contrario, dejo la avioneta y el pequeño yate que sé que le gustaban tanto, así como la parcela a dos millas de Halbrook, y un legado de otras diez mil libras en efectivo. Creo que esto es todo.»

Una nueva pausa, mientras Eileen sollozaba, Horace Elwood miraba con sorpresa a su hija y Cary, algo contrariado, también dirigía una ojeada de soslayo, fría y hostil, hacia su pelirroja primita.

—Vaya, el primo Kirk te quería mucho —manifestó con cierta sequedad y mala fe el joven Cary.

—Cállense —cortó el abogado, tajante—. No hagan comentarios. Aún no he terminado. Falta el último párrafo.

Y tras un nuevo carraspeo, que sin duda era lo que le inspiraba para la lectura, Coffern prosiguió, en tanto todos permanecían callados, salvo los sollozos apagados de Eileen y el nervioso movimiento de Wendy en su asiento:

—«Por último, quiero especificar algo muy especial, para terminar con mi testamento. Esto va dirigido al reverendo padre O'Riordan, buen amigo mío y entrañable servidor de Dios en Halbrook. Quiero que también para él y su parroquia de Halbrook sean destinadas otras diez mil libras de donativo, a cambio de que anualmente se oficie para mí una misa en dicho templo y que ahora, tras la lectura de este testamento, para reposo eterno de mi alma, rece él un Padrenuestro que todos, como buenos católicos, acompañen con fervor. No desearía que, como soñé una noche, en mi primera premonición sobre mi muerte cercana, mi espíritu no hallara reposo y vagara por el mundo, apareciéndome a los humanos para aterrorizarles... O que, como dijo una vez una pitonisa que leyó en la palma de mi mano en una feria, yo pudiera ser un hombre "que moriría violentamente, asesinado por alguien, y luego volvería a esté mundo para vengar mi muerte, desde el Más Allá... Nunca he creído en

tales cosas, pero ahora, de repente, todo parece cobrar para mí un nuevo y extraño significado. Por ello, tal vez, quisiera dejar bien claro que, si muero violentamente, por una mano asesina, toda esta última voluntad mía se deje en suspenso hasta que se sepa quién pudo ser el autor de tal felonía. Eso sí, ahora ya he terminado... Adiós a todos. Lo firmo y rubrico en Elwood Manor, Halbrook, a doce de setiembre de 1974...»

El último párrafo del testamento sí causó un efecto entre las personas presentes en su lectura. Y un efecto, al parecer, demoledor.

El silencio en esta ocasión resultó tan profundo como prolongado. Casi todos los presentes se miraron entre sí, confusos y aturdidos, sin atinar a hacer comentario alguno, sin siquiera la posibilidad de comprender cómo una persona del carácter e ideas del difunto Kirk Matheson, podía haber escrito aquella coletilla final, que hablaba de sueños, premoniciones, terrores y sospechas inconcebibles en él.

El abogado Coffern, con calma, como si estuviera disfrutando en el fondo con el efecto que había logrado causar en su público, dejó lenta, muy lentamente, los papeles sobre la mesa. Estos crujieron más audiblemente que nunca, a pesar del rumor insistente de la lluvia, batiendo los cristales o deslizándose por ellos como un mar de lágrimas en el llanto triste de la noche.

Luego, encendió un cigarrillo y exhaló el humo sin dejar de mirar a todos los presentes, cuyas facciones eran como carátulas pálidas, flotando en la penumbra amarilla y azul que trazaban las lámparas, ya fuesen respectivamente de petróleo o de gas.

—Inconcebible —fue lo único que atinó a decir Horace Elwood.

—No tiene sentido —apoyó Cary, su sobrino, con cierta frialdad.

—Es extraño —el susurro venía de labios de la joven Wendy, que parecía absorta por algo más que el imprevisto legado que le dejara su primo Kirk—. Muy extraño...

—Kirk jamás me habló de esos sueños, de esos temores, ni de esas sospechas..., ni tan siquiera de que las hubiese materializado en ese testamento...

—¿Usted había leído antes ese documento, señor Coffern? —se interesó vivamente el doctor Latimer, simple testigo de algo que no iba con él.

—Por supuesto —sonrió el abogado. No sólo eso, sino que el propio señor Matheson me lo leyó al terminar de escribirlo en mi presencia y en la de dos testigos que, forzosamente, debían de estar presentes para dar validez al documento.

—¿Dos testigos? —masculló Horace Elwood—. ¿Quiénes?

—El jardinero Alan Woodward... y la cocinera Gertie, su esposa —sonrió apaciblemente él abogado—. Ellos se prestaron a ser testigos de la confección de este testamento a requerimiento mío. No pusieron objeción alguna. Y juraron ante los Evangelios no revelar a nadie lo que aquí se dijese o se leyera, salvo cuando el señor Matheson hubiese fallecido y este documento fuese forzosamente hecho público.

—Y mantuvieron su juramento —asintió pensativa Eileen—. Nunca mencionaron nada al respecto, en estos meses que llevamos aquí... Pero ¿cómo pudo albergar Kirk semejantes sospechas? Todos sabemos ahora que nadie atentó contra su vida, que todo fue un desgraciado colapso súbito...

—Esas cosas, señora Matheson, nunca se saben... —auguró en alta voz la señora Winthrop, moviéndose levemente en su asiento—. El tenía premoniciones, sueños premonitorios, temores inconcretos... Onirismo y anticipación. Parapsicología pura, señora Matheson. Su esposo era sensible a ciertas manifestaciones e influjos. Una persona adecuada para anticiparse a su propio futuro, para verlo antes que los demás. Ese testamento lo evidencia.

—Pero lo cierto es que nadie asesinó al señor Matheson —cortó secamente el doctor Latimer—. Su muerte fue un simple fallo del corazón.

—Es lo que dice su ciencia, doctor —sonrió enigmáticamente la vieja espiritista—. También dijeron lo mismo de la muerte del pobre doctor Hendrix. Y. yo sé que ésa no fue la verdad...

—¿Vuelve usted a las andadas, señora Winthrop? —sonó amenazadora la voz de Horace.

—Lo siento, señores —suspiró ella—. Pero solamente el propio espíritu de Kirk Matheson, si realmente logró el reposo eterno, podría aclararnos esa circunstancia. Sólo él, ahora, sabe si murió de muerte natural... o asesinado.

—¡Señora Winthrop, esto empieza a ser intolerable! —protestó contundente el señor Latimer, congestionado, poniéndose en pie.

—Y, naturalmente, su asesino..., si es que hay uno —terminó apaciblemente la dama, sin inmutarse por la tormenta que desencadenaban sus palabras en derredor.

—Señora Winthrop, le agradeceré no formule más opiniones parecidas, al menos mientras esté en mi casa —pidió con voz firme, aunque algo ronca, la viuda de Matheson—. Es lo mejor que podría hacer...

—Perdone —se excusó la mujer, volviéndose luego con mirada pensativa y algo burlona hacia el padre O'Riordan—. ¿No empezamos aún ese Padrenuestro? Tal vez el pobre señor Matheson lo necesite en estos momentos mucho más de lo que nosotros imaginamos...

—Sí, sí... —aceptó el sacerdote algo inseguro—. Creo que será lo mejor. Cumplamos como buenos católicos a la petición del difunto señor Matheson...

—Sí, hagámoslo —asintió Horace Elwood—. Pero sigue pareciéndome absurdo que un hombre como Kirk Matheson hablase de espíritus vagando en pena y cosas parecidas. Que yo recuerde, él jamás tuvo semejantes ideas, ¿cierto, Eileen?

—Muy cierto, Horace —asintió la viuda lentamente.

—En ese caso... algo sucedió en esta casa que le hizo cambiar de criterio —suspiró la señora Winthrop, sin que esta vez se atreviera nadie a discutirle su opinión.

—Recemos, por favor... —pidió apagadamente el padre O'Riordan, no se sabía si para cumplir la petición lo antes posible o para desviar la actual

conversación hacia un derrotero diferente.

Todos se dispusieron a. hacerlo a la espera de que el sacerdote iniciara el rezo.

En ese momento fue cuando el ventanal de la biblioteca se abrió violentamente, tal vez porque el viento arreció afuera, quizá porque la puerta de la biblioteca cedió, abriéndose un poco y provocando una corriente súbita, o porque en todo momento ese ventanal del jardín había estado mal ajustado.

El aire y la lluvia penetraron impetuosamente en la estancia, apagando dos luces de gas y un quinqué. Solamente quedó otra lámpara de kerosene, allá en el fondo de la biblioteca, alumbrando muy escasamente una alta zona de estanterías y tan sólo los rostros del padre O'Riordan y de la señora Winthrop, con lo que los demás quedaron totalmente en la sombra.

Y entonces, el alarido de terror rasgó la oscuridad.

Un alarido que tuvo, como contrapunto, la caída de algunas butacas, unas imprecaciones sordas y un gemido de pánico en otro punto de la sala.

—¡Mirad! ¡Allí! —gritaron.

Los ojos dilatados de todos los presentes se clavaron en la abertura del ventanal, en el jardín, en la noche, en la lluvia torrencial, en el fulgor súbito y violento de un relámpago, desgarrando la negrura de las nubes.

Y, sobre todo, en la figura erguida, rígida, inmóvil, de un hombre situado en el umbral mismo de la vidriera abierta.

—¡Es él! —Aulló Cary Elwood—, ¡Es el primo Matheson!

Luego las cortinas, agitadas violentamente por las ráfagas de viento, ocultaron un instante la sombra inmóvil en la entrada.

Luego, cuando recuperaron su posición vertical, ya no había nadie allí.

CAPITULO III

—Muy bien. Lo hizo. Y lo hizo a la perfección. O casi, casi.

—Es un disparate. ¿Qué ganamos usted y yo con eso?

La joven doctora Hendrix paseó por el viejo recinto en sombra, alumbrado ahora por las lámparas de petróleo y velas. Se quedó luego contemplando la figura mojada de su interlocutor.

—De momento, no lo sé —confesó ella—. Pero el susto que les dio usted, Kirk, fue mortal.

—No tiene gracia. Alguien puede enfermar, sufrir una impresión demasiado grande. Es un juego que no me gusta.

—No es ningún juego, Matheson —negó ella, rotunda—. Estamos intentando descubrir a un asesino.

—¿Con trucos de barraca de feria o de película barata? —dudó Kirk, enarcando las cejas y terminando de secar sus cabellos y rostro. Sacudió la cabeza—. No lo entiendo, doctora. Esto no es científico en absoluto.

—Claro que no. La ciencia se terminó para mí, en el momento de darle nueva vida a usted. Y si esto suena a sacrilegio a su puritana mentalidad, digamos mejor cuando le devolví una vida que alguien había tratado de arrebatarle. Eso le hará sentirse menos acomplejado con la idea ridícula de que yo soy una doctora Frankenstein y usted mi monstruo, otro moderno Prometeo.

—Y ahora empieza a divertirse con bromas macabras, ¿no es eso?

—No es ninguna diversión, aunque se lo parezca —declaró muy seria la joven—. Recuerde que estoy intentando saber quién mató a mi padre y por qué. Y usted aceptó este... juego, como usted dice, para descubrir asimismo quién deseó matarle de igual forma que a él.

—Eso es cierto, doctora, pero lo que me resulta incómodo es el procedimiento. Eso de aparecer en la noche, como un espectro, asustarles y desaparecer luego... Resulta infantil.

—No lo crea. Resulta mucho más terrible de lo que imagina. Para ellos, usted está muerto y bien muerto. Los que tienen la conciencia tranquila, pueden sentir el terror natural ante lo inexplicable. Los que le aman, experimentarán sin duda una mezcla de horror y de ternura, de miedo y de consuelo, al ver la figura del ser querido. En cambio, quien tenga sobre sí el peso del crimen, ¿qué sentirá ante la presencia del hombre a quien él asesinó? ¿Qué reacción tendrá su conciencia culpable, cuando sin explicación racional alguna, su víctima vuelva de entre los muertos?

Kirk inclinó la cabeza. Se encogió de hombros, sentándose junto a uno de los muebles del subterráneo habilitado para laboratorio de la doctora Hendrix.

—Doctora, esto no tiene sentido —murmuró—. Entiendo sus ideas, sus teorías, pero no las comparto. Un asesino es una persona demasiado fría y equilibrada, habitualmente, para reaccionar de modo acusador ante una

prueba semejante. Aunque existiesen los espíritus, dudo que él pensara en la posibilidad de ser castigado por elfos.

—Quizá. Es sólo un experimento más. No se trata de aparecer una sola vez y confiar en que eso rompa los nervios de nuestro desconocido personaje. Pero si repetimos las apariciones en los momentos psicológicamente adecuados, y si luego empezamos a poner en escena otros trucos, en ritmo creciente, tal vez sus bien templados nervios de criminal terminen por resquebrajarse. ¿Y qué sucederá entonces?

—Temo que mi imaginación no llegue tan lejos —suspiró Kirk, pensativo.

Sue Hendrix caminó de nuevo por el laboratorio, como un tigre enjaulado. Habló en voz alta, pero Kirk tuvo la impresión de que se limitaba a exponer de viva voz sus propios pensamientos, no dialogaba.

—El momento fue propicio. Es como si todo nos hubiera ayudado. El apagón de luz, la tormenta, los rayos, el ambiente de esa casa, los comentarios de esa vieja dama, la vecina de los Elwood, la señora Winthrop y sus ideas espiritistas... Cuando me di cuenta de todo eso, espiando el comedor desde el jardín, juzgué que el momento adecuado para iniciar el plan era justamente la lectura del testamento. Pero usted..., usted me ha desconcertado, Kirk.

—¿Yo? —se sorprendió Matheson, mirándola—. ¿Por qué dice eso?

—Usted escribió un testamento extraño. Inexplicable, en una persona tan racional y práctica como usted, y con tan acendrado espíritu católico. ¿Cómo se le ocurrieron todas esas ideas de mencionar temores ocultos, sueños premonitorios... e incluso temor de que pudiera morir violentamente... asesinado?

—Bueno, no mentía entonces —suspiró Kirk Matheson, arrugando el ceño. .Pareció evocar algo que no le gustaba—. Fue una cosa extraña, Sue.

—¿Qué cosa? —se aproximó a él, interesada.

—Lo de aquellos dos días anteriores. Y sus noches respectivas...

—¿Qué sucedió entonces?

—Lo cierto es que casi lo había olvidado por completo —confesó suavemente Kirk—. Pero tuve dos sueños inquietantes, en los que me veía morir, y asistía a mi propio entierro, dentro del ataúd... Una sombra, alguien, me golpeaba, me asesinaba... y llegaba la muerte, el funeral... Era sólo un sueño, pero se repitió dos veces y me sobrecogió. Lo atribuí a la influencia del lugar, de la casa, del paraje. Esto nunca me ha gustado. De no ser porque Eileen quiso que pasáramos aquí esta temporada de descanso, jamás hubiera permanecido en Elwood Manor más de un fin de semana.

—Le afectó tanto ese sueño, como para escribir ese testamento, Kirk?

—La verdad, sí. Pero era sólo un sueño. Repentinamente, me sentí deprimido, triste y como temeroso de que la vida me abandonase. Empecé a pensar, no sé por qué, en la posibilidad de morir en cualquier momento... Luego, tal vez en una crisis de histeria o de neurastenia, pensé que me vigilaban, que me acechaban... que peligraba. A veces, me parecía sentir un rumor de pasos detrás de mí, una oscilación peculiar de alguna cortina, una

ventana o una puerta entreabierta, que yo creía haber dejado cerrada antes... Cosas así. Ridículas, pero que iban impresionándome más y más. Y entonces, en una visita del señor Coffern, decidí extender esa última voluntad. Fue una estupidez quizá. Pero luego se ha confirmado que no era una idea tan estúpida.

—Exacto, se ha confirmado que sus temores eran ciertos, que su premonición resultó exacta. Kirk, usted no quiso nunca pensar seriamente en ello, pero tiene facultades extrasensoriales.

—¿Yo? —pestañeó Matheson, con gesto irónico.

—Sí, las tiene, no me discuta. No fue sólo un momento depresivo. Usted tiene algo peculiar en sí mismo. Algo que su natural, religioso y lógico por encima de toda imaginación, le hizo rechazar repetidamente. No cree en influencias ajenas a lo natural, pero éstas existen, y se lo dice alguien que vive de la ciencia, no del ocultismo. Quizá en su propia resurrección descubramos un día que no todo fue puramente científico, y que hizo falta algo más, para que usted volviera del mundo de las sombras. En esos momentos, por la razón que fuese, intuyó y hasta presagió su propio final. Y la forma en que se produciría. Alguien, quizá uno de sus beneficiarios de su propio testamento, quiso deshacerse de usted. Pero ahora, pese a creerse en la impunidad, es posible que empiece a preguntarse si no va a ser mucho más difícil de lo que imaginaba llegar a cobrar esa herencia.

—Sue, usted habla de un heredero mío... Mi esposa, Horace, Cary, Wendy...

—¿Quién de entre ellos sería capaz de semejante atrocidad? No puedo imaginarlo...

—Sin embargo, es pura lógica, como usted diría —sonrió ella—, ¿Quién, si no, tendría interés en asesinar a Kirk Matheson? Tiene que ser alguien que espere algo, algún legado, la herencia, por ejemplo...

—¿Y quién en tal caso, quiso asesinar al doctor Hendrix, y por qué? —replicó vivamente Kirk, clavando sus ojos en la joven.

—Touché —rió ella suavemente—. Usted gana esta vez. Quizá haya algo más profundo y oscuro que una simple herencia. Después de todo, la muerte de mi padre, teóricamente, no beneficia absolutamente a nadie de los que se hallan bajo ese techo. Y, sin embargo, yo sé que una de esas personas le asesinó. Sí Kirk, usted gana esta vez. Su lógica supera a la mía. Hemos de encontrar a un asesino con los motivos diferentes..., o con uno sólo que escapa a nuestra percepción, ésa es la pura verdad.

—Cierto, Sue. Eso sí es decir algo concreto —afirmó Kirk—. Y, por favor, no vuelvas a llamarme de usted. Deja la ceremonia. Después de todo, somos amigos... Muy amigos especialmente después de lo que sucedió entre nosotros...

—Cierto, Kirk —susurró ella, rodeándole el cuello con sus brazos—. Muy amigos tú y yo. Pero recuerda: fue solamente parte de mi experimento. Quería saber si tus funciones vitales eran correctas, perfectas en todos sus aspectos.

Y lo son. Vaya si lo son...

Su boca buscó la de Kirk. Y la encontró.

Pero Kirk Matheson, en ese momento, no pudo por menos de pensar en su «viuda», Eileen. Retiró la boca. Sue Hendrix le miró y comprendió.

Se apartó. Su voz sonó algo seca:

—Ven, Kirk, tenemos que comer algo y preparar el movimiento siguiente. Esto es como una partida de ajedrez... entre la vida y la muerte.

* * *

—No es posible, creo que todos hemos sufrido una alucinación.

—¿Todos nosotros?

—¿Por qué no? Existen otros casos parecidos. Es la explicación más lógica y razonable, después de todo.

—Lógica, razón... —farfulló la señora Winthrop, con ojos centelleantes, gesto excitado, sin importarle la lluvia que mojaba su rostro, sus ropas y su cabello canoso—. Siempre hablan todos igual. No admiten nada que se salga de la rutina..., ni aunque lo hayan visto con sus propios ojos.

—Señora Winthrop, deje de insistir sobre eso, por favor —rogó serenamente Horace Elwood—. Estamos tratando de dar con una explicación concreta a lo que vimos o creímos ver. Sus comentarios sólo logran sugestionarnos más aún, sin permitirnos estudiar con serenidad la cuestión.

—Serenamente examinado todo, señor Elwood, lo cierto es que vimos a alguien ahí, en pie. Y que esa persona tenía el rostro y el aspecto de Kirk Matheson.

Miraron todos, con cierto sobresalto, a quien había hablado, El abogado Symon Coffern se mantenía frío, lúcido y había hecho el comentario con toda calma, sin dejar de escudriñar en torno, al jardín azotado por la lluvia, profundamente oscuro, incluso ahora en que Horace Elwood y el doctor Latimer intentaban proteger con sus manos, para que no se apagasen, dos lámparas de petróleo. La claridad amarillenta de éstas, bamboleantes las llamas por efectos del viento, apenas si permitían ver en el suelo otra cosa que charcos y tierra mojada. No se descubría huella alguna de la presencia de un ser humano. Y aun de haberlas habido, se hubiesen borrado en breves segundos, antes de que ellos llegasen a investigar. Era demasiada la cantidad de lluvia que caía, y excesivamente profunda la oscuridad en torno.

—Sin embargo, la razón nos permite suponer que vimos una alucinación —fue la réplica agria del médico—. Kirk Matheson está muerto. Yo no acostumbro a equivocarme cuando extiendo un certificado de defunción. Todos ustedes asistieron a su entierro.

—Hay algo más allá de la tumba, doctor —le recordó la señora Winthrop.

—Usted otra vez... —masculló con disgusto el médico, mirándola colérico.

—La señora Winthrop tiene razón, después de todo —era el padre O'Riordan quien, mansamente, había expuesto la cuestión ahora—. Hay algo

más allá de la muerte, o nuestra existencia no tendría razón de ser. ¿Van a discutir ustedes ahora la existencia de Dios y de una vida eterna?

—No es eso, padre —se irritó Cary Elwood, volviéndose hacia él—. Hablamos de..., de aparecidos, de fantasmas. No puedo admitir aún que aquel ser... fuese mi primo,

—Usted pronunció su nombre al verlo. Fue el primero en hacerlo —le recordó con sequedad el abogado.

—Está bien, yo vi su figura, su rostro. Creo que todos lo vieron al mismo tiempo. Fue una visión fugaz. Pude haberme equivocado. Pero resulta más difícil que nos equivocáramos todos. Por tanto, no hay duda de que, realmente, debimos ver el rostro del primo Kirk.

—Dios mío, Cary... —gimió Eileen desde el umbral de la biblioteca, donde permanecía junto a Wendy Elwood, ambas mujeres con las manos sujetas, apretándoselas mutuamente—. No hables así. No puede ser... él.

—Si no fue él, tendremos que admitir dos posibilidades: o sufrimos una alucinación colectiva, como dijo tío Horace..., o alguien ha querido gastarnos una broma pesada.

—¿Una broma? —Repitió perplejo el abogado Coffern—. ¿Quiere aclarar eso? No le veo mucho sentido, la verdad...

—Bueno, hoy en día no es difícil hacer una máscara, un molde con el rostro de alguien vivo o muerto. Supongamos que alguna persona, por la razón que sea, pretende aterrorizarnos esta noche, haciéndonos creer que Kirk Matheson ha vuelto de la tumba para dejarse ver en esta casa. Nada más fácil, si una persona de la figura apropiada, se presenta con el rostro del difunto, o uno muy parecido, lo bastante para impresionar en plena noche, con esa tormenta y esta oscuridad,

—Eso no tiene sentido, Cary —protestó Wendy desde la biblioteca—. ¿Quién haría algo tan macabro, tan de mal gusto.,, y, sobre todo, por qué motivo?

—No lo sé. Me limité a exponer la teoría más lógica y razonable.

—En ese caso el supuesto bromista estaría aquí, en el jardín —señaló secamente el doctor Latimer—. Pero no vemos huellas de nadie.

—La lluvia y los charcos no ayudan a ello —apuntó Cary—. Por cierto, ¿dónde está el señor Burns, nuestro vecino? Tal vez él fue el bromista...

—¿Scott Burns? —dudó su tío Horace, escandalizado—. No puedo creerlo. Un hombre tan serio..,

Pero ya Cary y el doctor Latimer se aproximaban con rapidez a la vidriera inmediata, caminando bajo la lluvia, mal guarnecidos bajo una angosta cornisa que sobresalía del viejo edificio Victoriano. Miraron a través de los cristales, dificultosamente.

El doctor Latimer lanzó una imprecación. Cary Elwood regresó, ceñudo.

—¿Y bien? —quiso saber su tío Horace.

—Duerme, acurrucado en un butacón, con ropas secas, y su propio traje se seca ante el fuego. No parece que se haya movido de allí. En la alfombra no

hay la más leve huella de barro. Y esa vidriera está cerrada por dentro, igual que antes.

—Siempre dije que era una estupidez semejante idea —refunfuñó Horace, regresando al interior de la casa con los demás—. Creo que es mejor cerrar todas las puertas, o la casa se quedará helada, pese a la chimenea y los radiadores de calefacción.

—¿Y no buscamos al..., al fantasma? —sugirió maliciosamente la señora Winthrop.

La fulminaron con la mirada, sin decir nada. El padre O'Riordan fue el último en regresar al confortable interior de la biblioteca, tras una última y escudriñadora mirada hacia los setos del jardín y la cortina de agua que caía del cielo,

—Me pregunto... —comenzó a decir entre dientes, con gesto preocupado.

—¿Qué, padre? —Indagó Eileen Matheson, muy pálida—, ¿Qué se pregunta?

—No, nada —sacudió la cabeza—. Nada, Era una simple idea. No tiene sentido, señora.

Cuando Horace ajustó el pestillo del ventanal y corrió totalmente las cortinas, hubo más de un suspiro de alivio entre los presentes, Los ojos de Coffern se fijaron en la mesa. Los papeles escritos no estaban allí. Iba a lanzar un grito ronco, cuando los descubrió en la alfombra, adonde sin duda una ráfaga de viento los había empujado. Se apresuró a recogerlos, guardándolos cuidadosamente en el sobre lacrado que los había contenido. Miró a Eileen Matheson y a la joven Wendy, que parecía tan impresionada como su prima.

—Ya empiezo a creer en fantasmas yo también —farfulló—. Creí que había desaparecido el testamento. De todos modos, padre O'Riordan, crea usted o no en aparecidos..., ¿por qué no rezamos de una vez por todas ese Padrenuestro? Me sentiré más tranquilo después, no hay duda.

—Sí, creo qué es lo justo, puesto que el difunto Matheson así nos lo pidió —el sacerdote comenzó a persignarse—, No pensemos en cosas del diablo, y: concentremos nuestra atención y nuestra fe en ayudar al alma de un hermano nuestro. En nombre del Padre, del Hijo...

Luego, el murmullo del Padrenuestro, fue lo único que alteró el silencio de la biblioteca. El rumor de la lluvia parecía muy lejano ahora, tras la vidriera y el espeso cortinaje. Como algo remoto y olvidado.

Súbitamente, un timbrazo les interrumpió, ya al final del rezo. Ojos sobresaltados se clavaron en el teléfono color rojo que reposaba junto a las estanterías. El timbre insistió, mientras la oración era terminada en medio de un leve escalofrío colectivo.

—¿No estaba averiada la línea? —sugirió bruscamente Wendy Elwood. El doctor Latimer sacudió la cabeza y Horace asintió rápido.

—Sí, yo mismo lo comprobé antes —fue hacia el teléfono con paso rápido —. Esperen, veré de qué se trata...

Descolgó. Preguntó con cierta sequedad:

—Elwood Manor. ¿Quién llama, por favor?

Escuchó en silencio. Enarcó las cejas. Lanzó un gruñido breve. Luego asintió, desorientado:

—Sí, está bien. Claro, doctora. Con mucho gusto. ¿Cómo? Si es su deseo... Pero no veo qué sentido tiene... Sí, de acuerdo. Si usted así lo quiere... Cuando guste. Pero no se demore mucho. Pensábamos ir a acostarnos pronto, a causa del temporal y la falta de luz.

¿Usted tiene luz? ¿No? ¿El teléfono funciona normalmente? ¿No se ha interrumpido la comunicación en ningún momento? Ya, ya veo. Gracias. Sí, la esperamos...

Colgó. Eileen Matheson le contempló con rara fijeza. Los demás le estudiaban, como esperando que aclarase su diálogo telefónico y la identidad de su comunicante.

Horace se apresuró a complacer a todos, con gesto huraño:

—Era la doctora Hendrix, la hija del difunto doctor Hendrix, otro vecino nuestro que ustedes ya conocían, y sobre el que la señora Winthrop se permitió antes unos comentarios inoportunos, alusivos a su muerte...

—¿Sue Hendrix? —Se extrañó Eileen Matheson, mordiéndose el labio inferior—. Ya casi había olvidado a esa muchacha. ¿Qué quería?

—Va a venir hacia acá. Dice que alguien ha telefoneado al sargento Clemens, de la policía local, diciéndole que en Elwood Manor hay algo grave que investigar, relacionado con el doctor Hendrix y otro asunto. Y que el sargento la ha llamado a su vez a ella, para informarle de tal llamada anónima. El sargento ha decidido venir hacia acá, aunque no pudo comunicar telefónicamente con nosotros, y ella ha pedido reunirse con él en el camino y acompañarle hasta aquí, si no teníamos inconveniente en ello. Naturalmente, no ha podido ser identificado el autor de la llamada...

* * *

—¿Qué esperas lograr con este nuevo juego, Sue?

—En principio, estar entre todos ellos cuando tú actúes de nuevo, y ver sus reacciones —sonrió la doctora Hendrix, tras colgar el teléfono cuya extensión se hallaba en aquel subterráneo—. La llamada telefónica que grabé con voz fingida, aparentemente masculina, surtió su efecto. El sargento no sospechó que era hecha la llamada a través de un empalme en el tendido telefónico, y esta extensión es de mi propio teléfono articular, y nadie sabe que se halla en este sótano, por otro lado, mi idea de cortar el cable al teléfono de Elwood Manor, y empalmarlo de nuevo tras tu aparición, sólo iba destinada a sembrar más inquietud allí.

—¿Y el sargento Clemens..., qué va a hacer allí ahora? —dudó Matheson.

—Eso... ya lo verás —sonrió Sue Hendrix enigmáticamente.

CAPITULO IV

El sargento David Clemens, de la policía de Halbrook, detuvo su automóvil junto a la residencia de los Hendrix, una solitaria edificación rodeada por una verja y un descuidado jardín, no lejos de los marjales más peligrosos de la región. En la oscura noche, a través de los senderos inundados y de las peligrosas zonas pantanosas, solamente un vehículo sólido y práctico, como el «Land Rover» del policía, era capaz de salvar distancias rurales sin problemas, pese a la tormenta desencadenada sobre la región.

Hizo sonar dos veces el claxon el policía, tratando de mirar a través de las ventanillas del coche, por las que el agua corría copiosamente, antes de que la verja se abriese y una figura joven y ágil, cubierta por un impermeable oscuro, provisto de caperuza, cruzase a saltos los amplios charcos, antes de alcanzar el vehículo.

—Buenas noches, sargento —saludó la joven Sue Hendrix, cuando él abrió la portezuela, invitándola a acomodarse a su lado.

—¿Buenas noches, dijo? —Resopló el sargento—. ¡Intérnales noches, diría yo! Vamos a ver si al menos reparan pronto la avería de la central eléctrica. Parece ser que un rayo cayó en el transformador... En noches así, todo es posible, señorita Hendrix.

—Eso veo —asintió ella, mientras el sargento Clemens ponía en marcha el coche, para salvar la media milla escasa de etapa final de su recorrido, que era la distancia que separaba la vivienda de los Hendrix de Elwood Manor—. Incluso puede ocurrir que un comunicante anónimo le hable a usted de mi padre... tanto tiempo después de su muerte. ¿Qué le dijo exactamente?

—Bueno, no fue muy concreto, pero sugirió ciertas sospechas... Como si fuera posible que su padre hubiese muerto... por causas no naturales. Y como si algo parecido pudiera haber ocurrido de nuevo en Elwood Manor... o estuviese a punto de suceder.

—¿Hace usted caso siempre de las llamadas anónimas? —se interesó Sue, mientras el «Land Rover» rodaba hacia el punto donde se alzaba el pequeño cementerio local, entre ambas propiedades virtualmente, con la edificación sobresaliente de la cripta de los Elwood, la más bella y ostentosa de la región, por expreso deseo del difunto Irving Elwood, su creador.

—No siempre. Pero sí de las que despiertan en mí viejas sospechas almacenadas.

—¿Va a decirme que sospechaba ya que a mi padre pudo sucederle algo raro para morir repentinamente? —Sue le miró muy fija, mientras el limpiaparabrisas barría, monocorde, los regueros de abundante agua que caían por el cristal delantero del coche,

—Bueno, no exactamente. Pero nunca vi demasiado claro aquello. Ahora, me he enterado de que el señor Matheson, el nuevo dueño de la fortuna y propiedades de los Elwood, el hijo de Spencer Matheson y de Leilah Elwood,

así como heredero de la más que notable fortuna de los Matheson, ha muerto también súbitamente, de un ataque similar al sufrido por su padre. Eso, unido a esa extraña llamada..., me ha hecho poner en camino, a pesar de esta maldita noche. ¿Responde eso a su pregunta...?

—Sí, sargento —medio sonrió Sue, mientras el cementerio iba quedando atrás, un cementerio donde su padre, el buen doctor Hendrix, reposaba para siempre, sin posibilidad de volver a la vida, como ella había hecho con Kirk Matheson. Cuando el «Land Rover» se deslizó ante el panteón suntuoso de los Elwood, su sonrisa se hizo más amplia y enigmática. Recordó los momentos en que extrajo el féretro de Matheson cautelosamente, sin ser vista por nadie, y lo trasladó a su sótano de la vieja casa, para el gran experimento. También la cripta de los Elwood quedó pronto atrás, engullida por la oscuridad de la fosca noche.

Tras el silencio, habló Sue persuasiva:

—Sargento, yo tampoco lo vi nunca demasiado claro. Por eso cuando me consultó esta noche sobre esa información..., pedí acompañarle. Pero eso quizá no lo entenderían los Elwood y pensarían que me meto donde no debo. Sería mejor que usted dijera haber sido el que me sugirió acompañarle...

Clemens se volvió a mirarla y sonrió. El fornido hombretón que regia la ley en Halbrook, asintió sin vacilar.

—Esté tranquila, señorita Hendrix. Por mí, nunca sabrán que esto fue iniciativa suya.

—Gracias, sargento. Es usted un ángel.

—Eso es lo más bonito que me han dicho desde que visto uniforme —rió de buena gana el policía, enfilando ya la senda que conducía a Elwood Manor, a la sazón inundada virtualmente por el torrencial aguacero. Pero su coche salvaba los obstáculos sin demasiadas dificultades. Señaló hacia las macilentas luces de la casa, visibles desde allí, y comentó—: Vea. Tampoco ellos tienen fluido eléctrico...

Asintió Sue, mirando disimuladamente hacia atrás, a las tenebrosas sombras de la noche. Se preguntó dónde estaría Kirk Matheson, con la bicicleta que debía trasladarle rápidamente hacia la mansión de sus parientes, en pos del «Land Rover», para llegar a tiempo de representar nuevamente su papel de aparecido en la farsa imaginada por ella.

Después de todo, el juego no había hecho más que empezar, y todavía tenían que sentir un terror más vivo y penetrante los ocupantes de la vieja mansión victoriana, si quería llegar al fondo del misterio y descubrir quién, de entre todos los que en ella residían, había recurrido al arsénico para cometer dos asesinatos aparentemente sin relación posible entre sí: el de su padre y el de Kirk Matheson.

Porque Matheson podía haber sido asesinado por su fortuna, por aquel testamento que leían en el momento de la primera aparición del «fantasma», pero ¿qué motivo pudo guiar a la mano asesina contra un vecino que nada parecía tener que ver con los Elwood y sus problemas?

Ese era el doble enigma que Sue Hendrix quería resolver. Y con ella, un hombre que había vuelto a la vida, que había salido de la tumba, para desenmascarar a su asesino.

* * *

Scott Burns era un hombre de rostro apacible y mirada distraída. En estos momentos, ninguna de esas cosas se cumplía. Por el contrario, contempló despavorido a los que acababan de abandonar la biblioteca, para después exhalar una imprecación ahogada, con su cata convertida en una mancha pálida y desvaída.

—No es posible —tartajeó—. Eso no ha podido suceder...

—Es lo mismo que decimos todos —declaró con calma Cary Elwood, encogiéndose de hombros y yendo a por una botella de brandy para servirse una generosa ración—. Pero ha sucedido, señor Burns. Tuvo usted mucha suerte de no pertenecer a la familia y permanecer aquí, mientras se leía el testamento. De otro modo, hubiera podido contemplar por sí mismo la aparición.

—¿No pudo... no pudo ser una simple alucinación? —sugirió Burns, con voz débil.

—Ya lo hemos discutido —suspiró Wendy con un gesto de cansancio—. Hemos llegado a la conclusión de que, realmente, primo Kirk estuvo aquí esta noche.

Hubo un silencio casi angustioso. El jardinero Alan Woodward, que había vuelto para recoger otras prendas del visitante, se quedó boquiabierto, en el umbral, escuchando a los herederos de Kirk Matheson.

—Bueno... —Burns se echó al coleto un buen trago de brandy, sin respirar. Luego, soltó un resoplido y volvió a dejarse caer en el asiento, envuelto en las arrugadas prendas que le facilitara Woodward, el jardinero, demasiado grandes para él, pese a que el vecino Burns era un hombre corpulento, aunque mucho más bajo que el marido de la cocinera de los Elwood. Tras un silencio, añadió, como si no supiera qué decir—: Supongo que la señora Winthrop estará radiante tras una experiencia así...

—Eso no tiene gracia, señor Burns —se irritó la dama, mirándole con ojos centelleantes—. A usted puede parecerle divertido o ridículo que unas personas vean a alguien que ha muerto, regresando al que fue su hogar. A mí, no me resulta ninguna de las dos cosas. Por el contrario, señor Burns, considero que, aparte la naturaleza sobrenatural del hecho, tiene que haber muy graves razones para que ni el pobre doctor Hendrix ni el señor Matheson descansen en paz en sus tumbas.

—¿Y qué tiene que ver ahora el doctor Hendrix con eso? —Se extrañó Burns—. Creí que ni siquiera habían llegado a conocerse ellos dos...

—Y así es, amigo mío —corroboró Horace Elwood, saliendo de su grave abstracción. Tenía el rostro sombrío y profundamente preocupado. No trataba

tampoco de ocultarlo—. Nunca se conocieron. No haga demasiado caso a nuestra común vecina, la señora Winthrop, en lo relativo a la «aparición» del doctor Hendrix. Pero en lo relativo a mi sobrino Kirk... sí puedo manifestarle que, ciertamente, todos pudimos verle con relativa claridad. Y digo «relativa», porque la luz de las lámparas, y la tensión del momento, unido a la oscuridad del exterior, pudo habernos jugado una mala pasada a todos. Sin embargo, muchos, por no decir todos, identificamos sin lugar a dudas el rostro de Kirk. Luego, pese a cuanto intentamos por hallar algún rastro de él... no vimos nada en absoluto.

—Resulta natural —Burns, algo más calmado, aunque todavía con un gesto inquieto, arrugó el ceno, y se sirvió otro brandy que, evidentemente, estaba necesitando con urgencia—. Si era un fantasma..., dudo que dejase huella alguna de su paso. Después de todo, se supone que son inmateriales. Y si no lo era..., la lluvia y los charcos hubiesen ocultado cualquier posible rastro.

—¿Qué quiso decir exactamente, señor Burns, con eso de «si no lo era»? —indagó con rapidez Eileen Matheson, la viuda, que se apoyaba ostensiblemente en el padre O'Riordan, para no Desplomarse. Aun así, su semblante era de una palidez cadavérica que no hubiera mejorado ninguna aparición de ultratumba—. Si no hubo un fantasma, un aparecido..., ¿qué otra cosa pudo ser?

—Tal vez una broma pesada —sugirió Burns, encogiéndose de hombros. Humedeció sus labios, eludiendo mirar a los ojos tristes y amargos de la viuda —. Bueno, al menos eso quisiera creer yo, señora...

—Y todos, amigo mío —suspiró Cary Elwood secamente—. No es usted el primero en sugerir esa posibilidad. Yo lo hice antes, en la biblioteca, y nadie la tomó en consideración, por considerarla una monstruosidad.

—Más monstruosidad será aceptar un regreso de ultratumba, ¿no cree? —objetó Burns débilmente.

—Señor Burns, debo confesarle que yo mismo rechacé esa posibilidad, pese a ser un hombre tremendamente práctico. Me refiero a la posibilidad de una broma pesada por parte de alguien —era el abogado Coffern quien hablaba, con tono serio—. Después de todo..., ¿quién, sería capaz de algo semejante, durante la lectura de un testamento, estando presentes todos los allegados, familiares o no, y quién podría parecerse tan notablemente al difunto como para impresionarnos a todos de ese modo?

—La verdad, no lo sé —confesó Scott Burns, sacudiendo la cabeza desorientado—. Yo no atino a imaginar nada ni a nadie.

—Confieso que yo sí sospeché de alguien al respecto —dijo el joven Cary, con una mezcla de cinismo y sinceridad—. De usted, señor Burns.

—¿De mí? —El aludido pegó un respingo, mirando con asombro al joven, antes de mostrar su indignación—. Pero... pero, joven, eso es... ¡es intolerable! ¿Yo... autor de semejante atrocidad?

—Lo siento —Cary se mostró ahora compungido—. Ya ve que se lo he

confesado. Lamento haber pensado mal, pero usted era, junto con nuestro jardinero Woodward, el único que estaba ausente de la biblioteca, y pensé que... En fin, señor Burns, le presento mis humildes disculpas por ello. Fue una tontería de la que me arrepiento.

—En cuanto a mí, tampoco tengo nada que ver en eso, señor —sonó grave la voz de Alan Woodward desde la puerta del comedor—. Jamás haría una cosa semejante. Estaba por aquí, ocupándome de la ropa del señor Burns y...

—Lo sabemos, lo sabemos —le interrumpió el cabeza de la familia, Horace Burns, conciliador—. Tanto usted, Woodward, como el señor Burns, nada podían tener que ver en el caso. Sencillamente, estábamos desconcertados y empezamos a hacer cábalas disparatadas, eso es todo.

—Lo comprendo —manifestó el jardinero seriamente—. Pero una broma así, además de resultar peligrosa por lo que podría provocar en la gente, es difícil de gastar. No hay aquí nadie que se parezca lo más mínimo al señor Matheson, que yo sepa.

—Eso es cierto —asintió el doctor Latimer—. Pensamos incluso en... en una mascarilla. Era la única teoría plausible, con la fría lógica en la mano.

—Una mascarilla del cadáver... —se estremeció Burns ostensiblemente—. Es una teoría alucinante.

—Todo lo que aquí ha sucedido es alucinante —comento con sequedad la señora Winthrop—. ¿Sabía usted que el señor Matheson había ya presagiado su propia muerte días atrás, y que estaba seguro de que iba a morir asesinado, así como de que volvería de la tumba para vengarse en el asesino?

Burns pegó otro respingo, mirando con una mezcla de incredulidad y horror a la espiritista. Apenas si tuvo voz para preguntar, estupefacto:

—Cielos... ¿Cómo... cómo sabe usted algo así, señora?

—Muy sencillo. Porque el propio señor Matheson lo confiesa así en su testamento — rió entre dientes la dama—. Eso, supongo, no son alucinaciones mías, ¿eh, caballeros?

Se hizo un silencio que resultó muy breve. Un motor, fuera de la casa, roncó con potencia, y se escuchó el chapoteo de unos neumáticos en el agua. La luz de unos faros resbaló sobre las vidrieras, invadiendo por unos instantes de blanca luz la estancia. Luego se detuvo el vehículo en la senda amplia del jardín, con un repentino golpeteo de claxon.

—Ya llegó —suspiró Horace Elwood, yendo hacia la puerta—. Ese es, evidentemente, el sargento Clemens, con la señorita Hendrix.

Todas las miradas se concentraron en la gran vidriera, a través de la cual se distinguía la silueta del «Land Rover», recortada por el resplandor de los faros sobre la fachada del edificio de Elwood Manor.

—Vaya a abrir, Woodward —pidió Horace echando a andar también hacia el amplio hall de la casa—. Sigue lloviendo mucho, y supongo que al sargento no le gustará permanecer mucho tiempo a la intemperie.

—Sí, señor —asintió Woodward, alejándose con su rápida zancada, justo cuando sonaba el pesado campanilleo de la puerta en todos los ámbitos de la

casa.

—Creo que podría irme con el sargento, cuando abandone la casa —apuntó Burns tímidamente—. Sería lo mejor para todos...

Nadie se preocupó de contestarle. Estaban demasiado interesados con la llegada inmediata del policía local y de su acompañante, la hija del doctor Hendrix. Tan interesados, que el golpetazo, allá arriba, en lo alto de las amplias escaleras de acceso a la planta superior del edificio de rojos ladrillos erguido en el yermo y en los marjales, les sobresaltó como si hubiera sido un mazazo directo a sus centros nerviosos.

—¿Eh? —Saltó Cary Elwood, volviéndose en redondo—. ¿Qué es eso?

—Fue arriba, en el piso alto... —apuntó Horace con voz ronca, escudriñando la oscuridad impenetrable de la escalera—. ¿Hay alguien allí?

—No sé. Tal vez la doncella, Molly —señaló Eileen, temblorosa, sin dejar de oprimir con fuerza el brazo del padre O'Riordan quien, de pronto, parecía haber olvidado por completo sus prisas iniciales para salir de Elwood Manor tras la cena —o la cocinera, la señora Woodward.

—La señora Woodward nunca sube al piso alto, que yo sepa —comentó Wendy con voz profunda—. En cuanto a Molly, juraría que fue a la cocina tras la cena...

—Pudo haber vuelto mientras estábamos en la biblioteca —señaló Cary, encogiéndose de hombros—. Estarnos sobresaltándonos por cualquier tontería.

Ya iban a olvidar el asunto, mientras aguardaban al oficial de policía, cuyas recias pisadas, junto con las voces de Horace y de una mujer, eran audibles en el vestíbulo, cuando sucedió algo escalofriante.

—Eileen, querida... —sonó una voz en alguna parte—. Eileen...

—¿Eh? —Ella vaciló, mortalmente pálida, mirando a todos los presentes —. ¿Quién de vosotros me ha llamado?

Los rostros con los que tropezó revelaban un total desconcierto. Todos se miraron luego entre sí, como si no entendieran demasiado bien todo aquello. Antes de que nadie pudiese formular una respuesta, el mismo susurro llegó de alguna parte, de entre las sombras que rodeaban los rincones y las alturas:

—Eileen, he vuelto... He vuelto... para vengar mi muerte... Alguien... alguien entre todos vosotros... debe empezar a sentir miedo... Miedo a la venganza de los muertos...

Eileen estaba a punto de caer. Osciló, con un gemido ronco, y los brazos vigorosos del recio irlandés que era el padre O'Riordan, evitaron su caída.

Un amasijo de rostros lívidos, como manchas céreas en las penumbras, buscó en alguna parte el origen de aquella voz susurrante y terrible.

—¡Arriba! —Aulló Cary—. ¡Ahora sí estoy seguro! ¡Esa voz viene de arribas

Y echó a correr, lleno de energía y decisión, hacia las amplias escaleras. Se detuvo en seco, sin embargo, cuando de las tinieblas de arriba surgió algo que, sibilante, descendió hasta sus pies, clavándose allí, sobre la madera

lustrosa y encerada del piso, vibrante y amenazador.

Era una antigua daga de complicada empuñadura, que se quedó con la hoja de acero clavada en la madera violentamente. Cary Elwood, con los ojos desorbitados se quedó contemplándola con un helado estupor que le impedía seguir su carrera escaleras arriba. Miró lentamente hacia lo alto, mientras a sus espaldas sonaban exclamaciones y gemidos de horror, y personas como el doctor Latimer y Scott Burns se enjugaban el sudor de sus rostros convulsos por el pánico.

Justo entonces aparecieron en la puerta del comedor el sargento Clemens, Sue Hendrix y Horace Elwood, con Alan Woodward detrás de ellos, siempre silencioso y huraño.

—Buenas noches, señores... —comenzó con su voz fuerte y autoritaria el policía. Se quedó inmediatamente parado, con gesto de sorpresa, e indagó—: ¿Sucede algo?

—Mire, sargento... —dijo con voz quebrada Wendy Elwood—. Esa daga..., alguien la lanzó desde el piso alto después de que oímos la voz de mi primo Kirk Matheson.

—¿Qué? —exclamó el sargento con perplejidad.

—Así es, sargento —confirmó gravemente el padre O'Riordan—. Y, evidentemente, no hay duda alguna sobre eso. Era la voz de Matheson, puedo jurarlo.

Antes de que nadie reaccionara, Alan Woodward lanzó un ronco juramento, apartó a iodos con violencia y se precipitó escaleras arriba, con un valor rayano en la temeridad, dispuesto al parecer a enfrentarse con el fantasma sin la menor vacilación.

Tras una leve duda, Clemens se vio obligado a seguir al jardinero, mientras su lámpara de bolsillo, potente clara, barría con un haz de blanca luz los escalones primero, y el oscuro pasillo después.

CAPITULO V

Alan Woodward golpeó con sus puños, como enfurecido, los muros empapelados de la mansión. Su gesto era casi feroz, cuando se volvió al sargento Clemens y a los demás.

—¡Nadie! —Mascullό—, ¡Nada! Ni el menor rastro, ni una huella...

—Cálmese, señor Woodward —le replicó el policía—. No se puede decir que no lo haya usted intentado con prontitud. Fue el primero en reaccionar, Desgraciadamente, ya ha visto que aquí no hay la menor huella de ser viviente alguno.

—Ni tampoco de fantasmas —fue la áspera objeción del jardinero.

—Amigo mío, si nos enfrentamos a seres de otro mundo, no podemos esperar que ellos dejen huellas de su paso. Nunca lo hacen.

—¿Habla en serio o se está burlando de mí? —se irritó Woodward, mirándole airado.

—Vamos, vamos, cálmese, Woodward —había un tono de dura represión en la voz de Horace Elwood que, junto con su sobrina Cary, había sido el inmediato atrevido que subió al piso en sombras—. Después de todo, éste es asunto nuestro, no suyo. Fue muy valeroso y nadie se lo niega. Pero no se puede encontrar algo donde no hay. Puede bajar. Nos ocuparemos nosotros de lo demás.

—Sí, señor —de mala gana, Woodward comenzó a andar hacia la escalera —.

Disculpe, pero me siento... como burlado,

—Todos nos sentimos burlados —suspiró el policía, mirando en torno con extrañeza.

—Si es cierto que escucharon una voz y esa daga cayó desde aquí... tendría que haber alguien, vivo o muerto. Y no lo hay. Eso es lo extraño.

—Por lo demás, todas las ventanas están ajustadas y bien cerradas —señaló Horace, pensativo—, Nadie pudo salir de aquí.

—Ni nadie pudo estar ahí —dijo desde el pie de las escaleras el doctor Latimer con voz alterada—. Molly, la doncella, está en la cocina con la señora Woodward, lo acaba de comprobar el señor Coffern.

—Entonces... —el sargento Clemens se encaminó al piso bajo de nuevo, tras la exhausta búsqueda por las salas y habitaciones de la planta alta, revisadas hasta su último rincón sin hallar rastro alguno de una posible presencia humana allí—. ¿Están seguros de que no sufrieron una alucinación al creer oír esa voz? ¿No pudo caer el arma de la panoplia accidentalmente?

—Ha estado ahí durante décadas enteras —Horace Elwood señaló el hueco de diferente color, sobre el tapizado carmesí de la panoplia en cuestión, situada frente a la escalera, en el corredor alto, y que mostraba el perfil de la daga caída—. Es altamente improbable, por no decir imposible, que se saliera de sus soportes y cayera. Y menos de esa forma, verticalmente, hasta abajo.

Tuvo que ser lanzada con fuerza por alguien.

—En cuanto a la voz de Kirk Matheson, no hay dudas —sentenció el abogado Coffern—. Era la suya.

—Una voz puede fingirse —apuntó Clemens, ceñudo.

—¿Fingida... por quién? —indagó con cierta ironía Wendy Elwood—. Ustedes dicen que no había nadie arriba, ni pudo escapar persona alguna de esa planta...

Un silencio embarazoso acogió las palabras de la joven. Todavía Clemens tuvo un asidero lógico al que aferrarse en aquella discusión:

—Alguien sea, tal vez, ventrílocuo, de entre todos ustedes, pudo «situar» la voz donde quiso. La oscuridad y la noche hicieron el resto...

—Si fuera sólo esto, sargento... —murmuró Horace Elwood, con su frente surcada de arrugas sombrías,

—¿Es que ha habido algo más? —terció ahora en la conversación general, con deliciosa ingenuidad, Sue Hendrix, que no perdía de vista cada uno de los rostros que la rodeaban.

—Mucho más —asintió con tono pesado el padre de Cary—. Venga, por favor, sargento. Usted también, si así lo desea, señorita Hendrix. Creo que también tiene derecho a saber lo que sucede hoy aquí...

Y los llevó a la biblioteca, encerrándose con ellos, mientras los demás, sobrecogidos, se agrupaban en un racimo humano prieto y medroso, donde imperaba el terror y la incertidumbre. Sobre un sofá, reposaba Eileen Elwood, asistida por el doctor Latimer y el padre O'Riordan. Estaba saliendo ahora de su desvanecimiento.

Alan Woodward, tras dirigir a todos una mirada huraña, se ausentó de la sala con paso largo y rápido que sonaba pesadamente en los pavimentos de madera encerada. Se precipitó rápidamente en el ala de servicio de la mansión, donde dos mujeres, la joven doncella Molly Greaves y la canosa y fornida señora Woodward, la cocinera, hablaban, temerosas, sobre lo que el abogado Coffern, sin duda, les había comunicado al ir a comprobar si estaban allí.

La cocinera buscó con rapidez los ojos de su marido, pero éste, antes de nada, se dirigió a la doncella y la espetó con acritud:

—Vaya al comedor, Molly. Su señora se ha desvanecido y necesita su ayuda. La señora Matheson ha recibido una impresión demasiado fuerte.

—¡Oh, pobre señora! —se lamentó la muchacha, saliendo con rapidez de la cocina.

Los Woodward se quedaron solos, a la luz del quinqué que prestaba una fantasmal luz amarillenta a la amplia estancia. Gertie Woodward, muy pálida, se incorporó, yendo hacia su marido, muy alarmada.

—Alan, ¿es cierto lo que ha dicho ese abogado? Es verdad que... que creyeron ver a... al señor Matheson? ¿Y que... han oído su... su voz?

—Más que eso. Están seguros de que le vieron. Como están seguros de que oyeron su voz, anunciando que viene de la Muerte, para vengarse de su

asesino. Luego, arrojó desde la oscuridad una daga a los pies del señorito Elwood.

—¡Oh, Alan! —jadeó la cocinera, repentinamente blanca como el harina.

Y sin que él pudiera añadir nada, se desplomó pesadamente al suelo de la cocina.

* * *

El sargento Clemens había escuchado en silencio toda la historia.

Ahora, turnaba en silencio, apoyado en una de las vidrieras de la biblioteca, por las que seguía corriendo la copiosa lluvia.

—Creo que lo mejor es visitar la cripta —dijo de repente.

Sue Hendrix casi pegó un respingo. Pero se contuvo, con un poderoso esfuerzo de voluntad, mientras Horace Elwood enarcaba sus cejas, una expresión de estupor y de inquietud en su grave rostro.

—¿Cómo ha dicho, sargento? —preguntó con voz ronca.

—Creo que resulta una conclusión elemental —apuntó el policía, volviéndose hacia ellos—. Si piensan seriamente en que el cadáver de Kirk Matheson ha vuelto a la vida, comprobemos si sigue en su ataúd. El resultado de ese examen puede ser una prueba concluyente.

—Pero... pero eso es una barbaridad —argumentó, impresionado, Horace Elwood.

—¿Barbaridad? ¿Por qué motivo, señor Elwood? Lo encuentro muy natural.

—Aunque lo fuese... haría falta algo más que bajar a la cripta familiar —opuso de repente el doctor Latimer con voz alterada—. Recuerde, sargento, que el féretro no puede ser abierto sin una orden judicial...

—¿Cree que ignoro la ley, doctor? —El tono de Clemens fue algo áspero al volverse hacia el médico local—. Por supuesto que contaremos con ese permiso legal, llegado el momento. Sólo quería conocer su opinión al respecto, antes de realizar ninguna diligencia.

—Ya ha visto que no es muy positiva —comentó Wendy, irónica. Parece que a todos les asusta mucho la idea de ver el cadáver de primo Kirk, reposando en su ataúd.

—¡Wendy! —La reprendió secamente su primo Cary—. ¿No puedes expresarte de otro modo? Nadie tiene miedo aquí. Pero es natural que no nos guste demasiado la idea de proceder a una exhumación, sólo porque hayamos podido tener esta noche una serie de alucinaciones, visiones fantasmales o corno se las quiera llamar.

—Sin embargo, sargento Clemens, la presencia de ese cadáver en su féretro, no creo que significase demasiado de cara a la aclaración de este asunto —terció la voz aguda de la señora Winthrop—. Los espíritus necesitan su envoltura carnal para hacerse visibles cuando ello se produce. Es su alma la que está entre nosotros, no su cuerpo. Estoy segura de que Kirk Matheson

sigue allí físicamente, que su cuerpo no ha salido de allí en absoluto. Y, sin embargo..., él está aquí, entre nosotros. Puedo sentirlo con una rara intensidad. Es algo diferente a lo del doctor Hendrix,.. Oh, perdone, señorita Hendrix. No debí hablar de su padre, pero nadie quiere creer que él me ha aparecido en ocasiones, para advertirme que desea venganza en la persona de su asesino...

—¡Señora Winthrop! —era el propio sargento Clemens quien la estaba ahora reprochando ese comentario, con gesto adusto—. ¿Ya está usted con sus historias?

—Déjela, sargento —sonrió Sue con extraña dulzura. Miró a la espiritista casi con simpatía, y asintió despacio, moviendo la cabeza—. Lo sé, señora Winthrop. Yo también he recibido esa advertencia de mi padre. Sé que su muerte fue más extraña de lo que todos pensaron, y sé que desde donde ahora está, exige que se aclaren las cosas...

—Todo esto es insultante para mí —se quedó el doctor Latimer con voz iracunda—.

Soy médico, he certificado unos fallecimientos naturales y...

—Perdone, doctor. Mi padre también era médico, y sé cómo se sentirá usted —le calmó suave pero fríamente la joven—. De cualquier modo, usted pudo equivocarse, como él se equivocó en su vida en algunas ocasiones. Señora Winthrop, ¿por qué cree usted que la presencia de Kirk Matheson en esta casa es distinta a la de mi padre?

—No sé... Es más tangible, más intensa. Claro que el señor Matheson, era evidente, tenía poderes parapsicológicos, de lo que se deduce de su testamento... y eso puede cambiar notablemente las manifestaciones y su fuerza...

—Estoy harto de oír tonterías —la queja amarga y dura venía de boca del doctor Latimer—. Sigo creyendo que todo esto es una perfecta farsa, y nada más.

—¿Farsa? —Sue le contempló con ojos helados—. ¿Por parte de quién, doctor?

—Si lo supiera... —Latimer sacudió la cabeza, mirando en busca de ayuda al padre O'Riordan—. Padre, usted, como sacerdote y como católico, no puede creer en esas fantasías, ¿no es cierto?

—Así es —suspiró el sacerdote—. Pero de todos modos, no podemos negar lo que hemos visto y oído aquí, esta noche. ¿Ve usted alguna explicación lógica para ello, doctor?

—¡Oh, no! —Protestó airadamente el médico—. ¿Usted también, padre?

—Bueno, dejen de discutir —terció abruptamente el sargento Clemens, que estaba meditabundo y preocupado, la mirada fija en aquella franja oscura y enigmática de lo alto de la escalera, de donde llegaron poco antes la voz y la daga—. Así no llegaremos a ninguna parte, señores. Podríamos pasarnos toda la noche, e incluso todo un mes discutiendo las posibilidades de que una aparición de ultratumba sea posible o no, sin resolver nada. Hubo gentes,

durante siglos, tratando de probar lo que nadie entiende. Será mejor que vayamos a los hechos. ¿Quién podría desear asustarles a todos, montando una farsa tan peligrosa y tan difícil?

Un silencio absoluto reinó en la sala. Todos se miraron entre sí, indecisos. Nadie aventuró una teoría, una sugerencia, una acusación. Clemens se frotó el mentón con el bolígrafo que le servía para anotar en su agenda. Sacudió la cabeza.

—Como ven, no parece fácil demostrar nada en ese terreno, puesto que ni siquiera se arriesgan a presentarme una razón o un posible culpable. Por tanto, quizá debamos probar en el terreno, y solicitar del juez Temple ese permiso para abrir el féretro. Tal vez no pruebe nada, pero todos nos quedaremos más tranquilos si las cosas están en orden dentro del panteón de la familia. ¿Qué opinan ustedes?

—Totalmente de acuerdo —asintió gravemente la voz de Eileen Matheson, a espaldas de todos los demás.

Se volvieron los presentes. La viuda, serenamente, tras recibir de manos de Molly Greaves un frasco de sales y un sorbo de brandy, se había incorporado, serena aunque intensamente pálida, abriéndose paso todos los demás, impresionados por su aspecto.

—Señora Matheson... —murmuró lentamente el sargento con voz respetuosa—. ¿Usted nos autoriza a tal medida?

—Sí, sargento. Procedan a ello cuanto antes —pidió Eileen—. Mañana mismo, si ello es posible. Quiero saber si, realmente, hay otra vida más allá. Y si Kirk está en ella, y puede volver. Tal vez nunca le amé demasiado. Nuestro matrimonio fue un fracaso, porque creo que ninguno sentíamos verdadero amor por el otro, y sólo nos unimos por un convenio familiar absurdo. Cuando Kirk fue testigo de cargo, allá en Londres, contra el temible asesino de mujeres ricas, doctor Dennis Montagu, éramos solamente novios. Lo recuerdo muy bien. Nos casamos apenas condenaron a aquel criminal, y Kirk se liberó de las preocupaciones de aquel sonado proceso donde de su palabra dependía todo para las conclusiones judiciales. Kirk dejó también por entonces sus aficiones y negocios en el cine británico, asociado a una empresa americana de cosmética y maquillajes especiales para la cinematografía, y resolvió casarse conmigo, aunque creo que estaba tan poco convencido del éxito de nuestro matrimonio como yo misma.

—¿Por qué nos Cuenta todo eso ahora, señora? —quiso saber el policía.

—Porque admito que no he sido una buena esposa para él, sargento, pero tampoco le odié nunca ni ambicioné su fortuna personal, como muchos pensaron. Deseo que sepan que jamás le hubiera causado el menor daño. Y si, realmente, Kirk fue asesinado... deseo con toda mi alma que su asesino pague ese delito lo antes posible. Obre a su gusto, sargento. Tendrá toda mi cooperación en ello, al margen de lo que piensen los familiares de Kirk aquí presentes.

Horace, Wendy y Cary Elwood la miraron, entre perplejos y ofendidos.

Solamente Cary sonrió al final, aprobando:

—Bravo, Eileen, Creo que haces muy bien.

—Yo no sé qué decir —comentó Wendy secamente—. Pienso que primo Kirk se equivocó, sin duda alguna, al elegir esposa.

—Claro —rió Cary—, Hubieras querido ser tú la escogida, ¿verdad, primita?

—¡Cary, te prohíbo que hables así a mi hija! —tronó Horace, airado—. Si vuelves a molestarla con comentarios semejantes, será mejor que salgas de esta casa.

—Lo siento, tío Horace. Mientras no se reparta la herencia de primo Kirk, tengo tanto derecho como el que más a permanecer bajo su techo.

—Ya basta —cortó de nuevo Clemens, desabrido—. Señora Matheson, gracias por su comprensión y buen juicio. Solicitaré a primera hora de la mañana esa exhumación, del juez Temple. En cuanto a estos momentos... lo mejor será que yo investigue por la casa y sus alrededores, en Busca de algún indicio. Es todo, de momento. Pueden quedarse todos ustedes aquí. Y, por favor, no se peleen más. Ah, quien quiera, puede retirarse a descansar ya, dada la avanzada hora y su estado de ánimo tras el funeral. Yo podré llevar a Halbrook a quien lo deseé, siempre que no rebasen la capacidad de mi coche.

—Yo iré, gracias —suspiró el padre O'Riordan—. Es más seguro que utilizar mi motocicleta, con la que podría hundirme en cualquier sitio.

—A mí solamente tendrá que dejarme aquí cerca, en mi casa —apuntó Burns—.

Gracias, sargento.

Clemens abandonó la estancia, para dedicarse a sus investigaciones. Sue Hendrix se quedó con los demás ocupantes de la casa. Durante todo aquel tiempo, no había dejado de observarles a todos atentamente.

Sabía que uno de aquellos rostros era la máscara que ocultaba la faz de un criminal, quizá asustado, quizá alerta y en tensión.

Pero ¿cuál de entre todos?

Ese continuaba siendo el enigma que ella quería resolver de una vez por todas. Pero aún no había llegado al final de su camino, a la verdad que Matheson y ella tenían que encontrar allí.

CAPITULO VI

Kirk emergió de entre los ramajes húmedos, goteantes de lluvia. Su rostro era solamente una mancha de sombras en la sombra, ya que se envolvía en una caperuza impermeable, negra, que impedía que su cara pudiera ser visible en la noche tormentosa.

—¿Y bien...? —preguntó en un murmullo.

—Fue perfecto —asintió Sue en tono muy bajo, mirando a la casa, cuyas luces mortecinas brillaban tras las vidrieras y los cortinajes a medio correr—. Están muy asustados, pero nadie revela un temor culpable, en realidad.

—De modo que no ha servido de mucho.

—No, no del todo, pero sí bastante. El sargento Clemens obtendrá un permiso judicial para exhumar tu cadáver mañana, Kirk.

—Eso descubrirá quizá el pastel —apuntó Matheson, preocupado.

—No lo creas —sonrió Sue—. Causará una conmoción tremenda..., sobre todo después de lo que hagas esta noche.

—¿Aún debo hacer el fantasma otra vez? —se quejó Kirk, disgustado.

—Es absolutamente preciso. Piensa que se trata del bien de todos. Es preciso desenmascarar al monstruo que se oculta en esa casa, sea quien sea.

—Está bien. ¿Qué debo hacer esta vez?

—Eso es ya iniciativa tuya, Kirk. Tú debes manejar el asunto a tu gusto. Me basta con que vayas creando la psicosis de terror suficiente para romper los nervios de alguien.

—Conforme. Lo haré a mi modo.

—Kirk, ¿cómo hiciste lo de arriba? Me refiero a... a desaparecer sin dejar rastro, sin tocar las ventanas cerradas... —el tono de Sue Hendrix revelaba auténtica curiosidad.

—No fue difícil —rió suavemente el joven Matheson—. Conocía ciertos secretos de esa casa, a través de un viejo pariente de la familia. Sé que existía un conducto desde una chimenea hasta otra situada en el ala opuesta del edificio, en un patio interior. Salí por allí, tras usar envolturas de plástico para el calzado y no dejar huellas de humedad ni pisadas. Desde el patio, fue tarea sencilla llegar al jardín sin ser visto.

—Pues ha hecho mucho efecto. Evidentemente, nadie recuerda tal pasadizo. Y eso es lo que les tiene aterrorizados, el hecho de que te volatilizaras, tras hablarles y arrojar esa daga...

—Estoy resultando un buen discípulo, como ves... —sonrió "Kirk—, Sue, ¿qué piensas hacer tú mientras tanto?

—Seguir vigilando, observando a todos. Espero que alguien se delate.

—Ten mucho cuidado —avisó él.

—Vaya, ¿me previenes? ¿Estás preocupado por mi seguridad, Kirk?

—Mucho —asintió él.

—Supongo que eso es gratitud. Me debes tu segunda vida, y te sientes

agradecido...

—Tal vez sea eso —Kirk se encogió de hombros—. Pero no quiero que te ocurra nada, Sue. Ahora debo ocultarme. Sí me sorprendieran, todo se habría hundido definitivamente. Hasta más tarde. Nos veremos de nuevo aquí... tras la nueva aparición.

—Sí, perfecto —asintió Sue Hendrix, oprimiendo con fuerza la mano que Kirk le tendía, en señal de amistad y unión. Luego, Matheson, como un verdadero fantasma, desapareció silenciosamente entre la espesura, bajo la lluvia, y ella regresó al edificio.

Estaba junto a la puerta posterior, por la que había salido, dejándola entreabierta, cuando una recia mano tapó su boca, un brazo rodeó su cuerpo, oprimiéndola con fuerza los senos, y una voz susurró a su oído:

—No intente nada... o la mataré.

* * *

La inicial e invencible sensación de terror, dio paso inmediatamente a otra de tensión y rebeldía contra su misterioso agresor.

Pero éste evitó sus forcejeos y apretó de tal modo la mano sobre su boca y nariz, que casi le provocó la asfixia. Sue Hendrix pegó una patada hacia atrás, al pie del atacante, y oyó una imprecación furiosa. Este no la soltó, pero apartó lo suficientemente su mano de la boca, como para que ella jadeara ahogadamente:

—Asesino... Suélteme... Si me hace algo, esta vez no tendrá escapatoria. Una voz ronca masculló junto a su oído:

—No soy ningún asesino, señorita. Pero quisiera saber qué hacía usted por los jardines, a estas horas. Su actitud es muy sospechosa, y mi deber es aclararla...

Reconoció la voz de Alan Woodward, el jardinero de Elwood Manor. Su forcejeo tuvo cierto resultado, ya que él la permitió maniobrar, aunque sin soltarla del todo. Ella giró la cabeza, furiosa:

—Suélteme inmediatamente. No tiene derecho a hacerme daño. Llame al sargento Clemens, si sospecha algo de mí o he cometido algún acto prohibido en la propiedad, es todo lo que puede hacer —le avisó con sequedad.

Woodward la soltó. Estaba chorreando agua, y su rostro, habitualmente sombrío y con gesto de pocos amigos, estaba ahora más ceñudo que nunca. La miró con reproche.

—Está bien, vuelva a la casa —le indicó—. Pero informaré de esto al sargento, no lo dude. Usted no tiene permiso para deambular por aquí de noche, señorita Hendrix.

—Doctora —le replicó ella fríamente—. Tengo el título de doctora en Medicina, aunque no ejerza. Me gusta más que me llamen así, Woodward.

—Muy bien, doctora. Entre, por favor. Al señor Elwood no le gustará esto, estoy seguro.

—Tampoco a mí me gusta su actitud, Woodward. Usted será el jardinero, y responsable por tanto de plantas y arbustos, pero ¿por qué actúa tan violentamente? —Le reprochó Sue cuando ya alcanzaban la puerta de servicio —. ¿Es que tiene miedo de algo?

Woodward la miró, huraño, apretó los labios y meneó la cabeza, irritado.

—Yo no temo a nada ni a nadie. Ni vivo, ni muerto —silabeó, agresivo.

Luego, Sue se apresuró a entrar, cruzando con rapidez la cocina y las despensas, para regresar al ala residencial de la casa. No pudo evitar ver en un rincón de aquella cocina a la mujer canosa y robusta que sabía era cocinera de los Elwood. Era Gertie, la mujer del jardinero.

Estaba muy pálida e impresionada, y tenía junto a sí un frasco de sales y una botella de brandy. Sus miradas se cruzaron un fugaz instante, pero Sue fingió no advertir nada, y siguió hacia el salón.

Allí tuvo que recibir una reprimenda suave del sargento Clemens, por aventurarse sola en los jardines, y otra igualmente suave por parte de Horace Elwood, que manifestó que su jardinero había cumplido con las instrucciones habitualmente asignadas, al mostrarse algo rudo con ella. Y se disculpó cortésmente por ello. Sue aceptó sus disculpas y también aceptó ocupar una habitación de invitada por aquella noche, en la finca de los Elwood, para no tener que regresar a su casa con el sargento.

—Yo me marcho ya —dijo éste gravemente, cerrando su agenda—. No he hallado rastro alguno de persona o personas que pudieran haber merodeado por aquí. De modo que les ruego calma, serenidad, y confianza en que todo esto se aclarará. Vuelvo a Halbrook, y gustosamente llevaré conmigo al padre O'Riordan, así como al señor Burns a su vecino alojamiento. ¿Alguien más quiere venir al pueblo?

—Iré yo, sargento —se ofreció el doctor Latimer.

—Y yo —suspiró la señora Winthrop—. Su camino coincide con el mío, si quiere dejarme en mi casa, sargento. Aunque confieso que me hubiera gustado permanecer aquí, dado lo fascinante de la situación...

Horace Elwood, su sobrino y su hija, permanecieron en silencio, en un tácito acuerdo de no darse por enterados de los deseos de la vieja dama espiritista.

Fue Eileen Matheson quien intervino, suavemente, acercándose a la dama:

—Señora Winthrop, por favor. Quédese. Mi estancia tiene dos alcobas y dos lechos, puesto que no dormía ya con mi esposo hacía tiempo... Puede compartir conmigo esta noche el alojamiento, si no tiene inconveniente.

—¿Inconvenientes yo? —La señora Winthrop miró radiante, a los Elwood, que se mostraban ceñudos—. Acepto encantada, señora... Y mil gracias por su detalle. Ya lo oyó, sargento. Puede usted volver con los demás. Yo me quedo aquí. Y usted, hija, no tema nada. Estando yo a su lado, nada malo le ocurrirá. Ni creo que su esposo le desee tampoco ningún mal. Usted es inocente. Lo sé. Me basta con mirarla. Es otra persona la que le mató a él y al doctor Hendrix, estoy segura.

Eileen tuvo sólo un tímido asomo de pálida sonrisa, y no dijo nada. Clemens se dirigió a la puerta, en compañía del doctor Latimer, el padre O'Riordan y Scott Burns. Miró a los que se quedaban, con gesto grave. Muy en especial a Sue Hendrix.

—Buenas noches, señoras y señores —se despidió—. Si algo nuevo sucediera, no duden en llamarme a mi casa. O al cuartelillo, donde está mi ayudante, el agente Rourks. Vendríamos en seguida. Pero confío en que amanezca sin que nada haya ocurrido. A media mañana me tendrá aquí, señora Matheson, con la orden judicial. Lo lamento, pero... creo que es mejor salir de dudas de una vez por todas.

—Sí, sargento —dijo ella débilmente—. No quiero más dudas, sino estar segura de algo, por malo que esto sea...

Poco más tarde, el «Land Rover» del sargento se perdía en la noche, llevando a sus pasajeros. Los Elwood y los invitados que permanecían en la casa, se dispersaron, camino de sus habitaciones, en la planta alta de la casa, donde sonara la voz misteriosa poco antes. La aprensión y temor de muchos de ellos, era evidente. Pero entraron en sus estancias, cerrando la puerta y asegurándola con pestillo antes de acostarse.

Abajo, las luces fueron extinguiéndose. Alan Woodward fue el último en quedar en pie, tras despedir a Molly Greaves, la doncella, que se retiró a descansar. Con un quinqué en la mano, el jardinero regresó a la cocina, donde su esposa aún permanecía sentada junto al hogar sólo con brasas encendidas. Parecía como ausente.

—¿Qué haces ahí? —Gruñó su marido—. Vamos, tienes que dormir, Gertie.

—No... no sé si podré. Alan... —gimió ella.

—Dormirás, por todos los diablos. Nada ha ocurrido. Todo son supercherías, temores ridículos. Los muertos no vuelven de la tumba. Kirk Matheson está muerto y bien muerto.

—¿Tú crees? —dudó ella.

—Es lo que el doctor Latimer dijo, ¿no? Tú le pusiste la misma dosis que al doctor Hendrix en la comida, ¿verdad?

—La misma, sí...

—Había suficiente para provocarle la muerte, bien lo sabes. Y murió. Eso es todo. Le vimos ser encerrado en el féretro, y luego bajo la losa de piedra, en la cripta familiar. ¿Qué más pruebas hacen falta para estar seguros de su muerte, Gertie?

—Pero... pero ellos le vieron... le oyeron...

—Están nerviosos. Tienen miedo. Cualquier cosa natural les asustaría y les haría ver visiones. Vamos, vete a dormir. Nadie debe sospechar nada de ti ni de mí. Eso no iba a gustarle a quien tan bien nos paga para hacer lo que hacemos.

—No sé por qué aceptamos esto, Alan. El veneno...

Son ya dos crímenes. Y los cometimos nosotros. Los cometí yo...

—¡Calla! —La cortó abruptamente su marido, mirando en torno con desconfianza—. Recuerda que no debes hablar de esto con nadie. O nuestra propia vida peligraría, estúpida.

—Tengo miedo, Alan. Miedo a todo... Si al menos supiéramos quién es la persona que nos encargó esas muertes...

—Yo tengo una vaga idea —meditó Woodward, entornando los ojos—. Creo sospechar algo. Esta noche... tuve un presentimiento. Quizá sea cierto y podamos sacar más dinero, mucho más. Y largarnos de aquí, muy lejos... donde nadie nos encuentre jamás.

—¿Ni siquiera... los aparecidos? —se persignó su mujer, mirando a las sombras, aterrorizada.

—¡Los aparecidos no existen! —rugió él—. Vamos de una maldita vez a dormir... Yo recogeré todas las cosas. Y te seguiré en seguida.

Gertie Woodward dudó antes de desaparecer por la puerta de su alojamiento de servicio. Una vez solo, Alan Woodward paseó por la amplia cocina, con el quinqué desvelando todas las sombras de los rincones. No había nadie.

Recogió cuanto quedaba por la estancia y se encamino a las habitaciones. No pudo advertir la sigilosa evasión de una sombra más densa y material que las otras despegándose de un muro en la oscuridad, para perderse, de regreso al ala residencial de Elwood Manor.

Woodward, ignorante de tal circunstancia, tampoco durmió mucho aquella noche. A eso de las cinco de la madrugada despertó mirando a su mujer, que tenía un sueño inquieto, bañada en sudor. Se incorporó, sigiloso, vistiéndose y encaminándose a la cocina. Salió de ella, tras echarse encima un capote impermeable, al oscuro jardín.

Junto al muro esperó, tras emitir un leve silbido. Otro silbido le respondió. Una sombra se agitó tras unos altos setos. Una voz ronca, en la noche, sonó apagada:

—¿Woodward?

—Sí, patrón —asintió él, tratando de escudriñar las sombras en que se ocultaba su interlocutor—. Soy yo.

—¿Sabes ya lo que ocurre en esta casa hoy?

—Lo sé. Pero no creo en fantasmas.

—Yo tampoco. Sin embargo, algo ocurre. Mañana exhumarán el cuerpo de Matheson.

—Lo he oído decir. ¿Y qué? Seguro que sigue allí, bien quietecito.

—Claro. Pero también es seguro que pueden decidir hacerle la autopsia. Si eso ocurre, quizá aparezcan residuos de arsénico y de la droga que le mezclamos, en sus venas. Eso sería funesto para usted. Y para su mujer, sobre todo. Pueden deducir que le fue suministrado en los alimentos...

—Diablos, no había pensado en ello —expresó preocupación la voz de Woodward—. ¿Y qué haremos, si eso ocurre? Tendríamos que escapar de aquí...

—No temas aún nada. Yo manipularé el asunto. Sé cómo hacerlo para impedir que eso ocurra. El cuerpo de Matheson desaparecerá antes de ser realizada la autopsia, de eso me encargo yo. Podrán pensar que es cosa de ultratumba, pero eso no me preocupa.

—¿Seguro que puede hacerlo desaparecer antes de que se complique todo?

—Seguro, Woodward —afirmó la voz, rotunda—. No temas nada. Recibirás ahora la parte del dinero prometida. Te dejo una bolsa de plástico tras este seto. Vendrás a recogerla cuando yo me vaya. En ella están las mil libras esterlinas que faltaban.

—Entonces me pareció mucho dinero, patrón. Ahora, si hay que huir... necesitaremos mucho más para ponernos "a salvo.

—Ya te dije que nada has de temer. Y si ocurriera lo peor, recibirías una fuerte suma para salir del país sin problemas. Todo está previsto.

—¿Quién me garantiza eso a mí? —el tono del jardinero revelaba desconfianza.

—Yo. Nunca fallé, ¿no es cierto? No lo haré tampoco ahora. Estate tranquilo.

—Lo estaré, patrón. No sé quién es usted, nunca le vi. Pero tal vez pueda llegar a decir algo a la policía, si las cosas se pusieran feas. Piénselo.

—¿Me amenazas? —sonó tensa la voz en la oscuridad.

—No, pero... pórtese bien con nosotros. Hoy observé algo que me hizo pensar... y he llegado a una conclusión. Puedo estar equivocado, pero si no lo estoy, usted también podría peligrar si peligrásemos mi mujer y yo.

—Estás diciendo tonterías. No peligramos ninguno.

Y no hagas cálculos precipitados. Es peligroso para todos. Ahora, me marcho. Sabrás de mí más adelante, con relación a lo que suceda con el cuerpo de Matheson. No creas en fantasmas tampoco. Eso no puede ocurrir, Woodward... Hasta pronto.

Hubo unos leves roces en la oscuridad. Alguien se perdió en la negrura lluviosa. Woodward se precipitó a recoger tras el seto el envoltorio de plástico, que halló en el lugar indicado. Lo abrió. La lluvia mojó varios fajos de billetes de veinte libras. Los guardó de nuevo, cuando el grito agudísimo, de profundo terror, rasgó el aire.

—¡Gertie! —Rugió, identificando la voz de su mujer—. ¡Gertie! ¿Qué te ocurre?

Corrió hacia la casa, pero no necesitó llegar al dormitorio. Gertie estaba en pie, blanca como un papel, erguida en medio de la amplia estancia, clavando sus aterrorizados ojos en la sombra, hacia la que señalaba con brazo tembloroso, a la vez que gemía:

—Alan... Era él... él... ¡Era el señor Matheson en persona!

—¿Te has vuelto loca? —rugió él—. ¿Por qué te has levantado? ¡No viste nada de eso!

—Sí, Alan..., era él... Oí su voz llamándome... Me levanté, vine a la cocina... ¡y le vi! Me miró con ojos acusadores, me señaló. . Dijo algo sobre

un crimen... v luego no..., no sé dónde se metió...

Alan levantó el quinqué mostrando la cocina vacía. Y aulló:

—¿No ves, estúpida? ¡No hay nadie! ¡Nadie en absoluto! ¡Debiste soñar!

—No... soñé... —gimió ella, patética, tambaleándose—. Vi... vi en su mano... el crucifijo de plata con que fue sepultado... El crucifijo que puso en sus manos... la señora...

Exhaló un grito ronco y se desplomó a los pies de su marido. Este la contempló, angustiado e iracundo a la vez, furioso, fue a la mesa situada en el rincón. La luz del quinqué reveló algo...

Lo tomo. Era un objeto centelleante. Apenas lo acercó a la luz, lo apartó de sí, arrojándolo como si estuviese al rojo vivo.

—¡El crucifijo! —aulló—. ¡El crucifijo de plata con las iniciales de la señora Matheson! ¡No es posible! ¡Yo lo vi sobre el pecho del difunto... cuando ayudé a soldar la tapa!

Regresó, tambaleante, lívido, junto a su esposa. Se inclinó, trató de reanimarla. Todo era inútil, Tocó sus labios yertos, buscó su pulso en vano, auscultó el corazón.

Una idea terrible y súbita asaltó al jardinero. Su esposa, Gertie, no estaba desvanecida.

Estaba muerta.

CAPITULO VII

—Muerta...

—En efecto —asintió gravemente Sue Hendrix, incorporándose tras examinar con la mayor atención a Gertie Woodward, en la madrugada fría, húmeda y estremecida de Elwood Manor—. Ha fallecido. Posiblemente de un colapso repentino.

—Colapso... —repitió como un eco Horace Elwood—. ¿Otro, señorita Hendrix..., perdón, doctora Hendrix? Su padre murió igual..., y también Matheson...

—Esto es diferente —dijo ella, reflexiva, ya en pie, contemplando aún el cadáver, antes de que la silenciosa y sollozante Molly Greaves cubriera a Gertie Woodward con una sábana—.O parece diferente, señores. Murió por un fallo cardíaco... provocado por el terror.

—El terror... —jadeó Woodward, lívido, apretando sus recios puños—. Pero terror... ¿a qué, a quién?

—No lo sé, señor —replicó fríamente Sue, volviéndose hacia el jardinero —. Me limito a dar mi dictamen médico, aunque no ejerza oficialmente en Halbrook y sea preciso que el doctor Latimer confirme todo ello y extienda el certificado correspondiente.

Avisaremos en seguida a su casa —farfulló roncamente Cary, envuelto en una bata de lana, en chancletas, despeinado y con el rostro trémulo y descolorido. Se alejó hacia el ala residencial, añadiendo entre dientes—. Cielos, ¡qué noche! La muerte ha vuelto a esta casa una vez más... como si fuese una maldición.

—Woodward, usted estaba presente cuando ella murió —dijo secamente Horace, volviéndose a su jardinero—. ¿Quiere decirme lo que pasó?

Alan Woodward refirió las cosas tal y como fueron, aunque ocultando, naturalmente, su entrevista secreta con el personaje oculto en el jardín, y aludiendo tan sólo a que unos ruidos exteriores le habían hecho salir, momento en que oyó el grito de su esposa. Lo demás, se atuvo justamente a los hechos.

Eileen Matheson, ayudada por la señora Winthrop, que se cubría con una bata de la dueña de la casa, y por Wendy Elwood, tan pálida y medrosa como todos los demás, se aproximó a la cruz de plata, situada sobre la vieja mesa de madera. Se tambaleó mortalmente lívida.

—Dios mío... —jadeó—. Es la cruz. La misma cruz...

—¿Está segura, señora? —quiso saber Sue Hendrix, mirándola con fijeza.

—Por completo. Tiene mis iniciales grabadas. Y una fecha: cuando visitamos una vieja abadía en el sur de Inglaterra... Hacía sólo un mes de nuestra boda, y no sabíamos aún que iba a ser un matrimonio erróneo... No existe ninguna igual. Vea ese arañazo en el brazo izquierdo de la cruz. Se produjo cuando me caí una vez contra un muro, y Kirk me salvó la vida con

su esfuerzo... Ese arañazo, nadie podría fingirlo. Es el mismo, lo conozco bien. Y esa cruz estaba en manos de Kirk., en su féretro.

Siguió un silencio profundo. Woodward, con el rostro color ceniciento, se golpeaba los puños, uno contra otro, como presa de una excitación irrefrenable. Pero no mostraba miedo. Si acaso, una honda aprensión, no exenta de odio a algo o alguien.

—Gertie... —le oyó musitar alguien—. Mi querida Gertie... Fue como si te hubieran matado... Ya te he perdido... para siempre...

Los demás no dijeron nada. Se fueron marchando en silencio de la cocina, dejando solo al jardinero con su esposa. Afuera llovía con menos intensidad, pero la noche seguía siendo oscura. El reloj del salón desgranó las campanadas de las cinco y media. Pero tardaría aún en salir la luz del día en aquellas latitudes y en semejante época del año. Para muchos, la noche estaba resultando interminable, casi eterna.

Horace terminaba de telefonear al doctor Latimer. Luego, marcó el número del cuartelillo e informó al agente Rourke, para que le notificara los hechos a su superior, el sargento Clemens. Luego, colgó, mirando ceñudo a todos y hundiendo las manos en los bolsillos de su oscura bata de seda.

—Bueno, las cosas se ponen cada vez más feas —susurró—. Ya no somos sólo nosotros. Gertie vio algo, y ello la mató. Su corazón no soportó tanto. Pobre mujer...

La señora Winthrop habló lúgubremente, moviendo la cabeza.

—La señora Matheson ha sufrido varios sobresaltos, sin que le fallara el corazón — señaló—. ¿Estaba enferma la señora Woodward?

—¿Del corazón? —Horace se encogió de hombros—. No, no, no lo creo. Nunca oí nada así.

—Tal vez hubo algo más que terror al Más Allá en su reacción —dijo la vieja espiritista.

—¿Qué quiere usted decir? —replicó vivamente el abogado Coffern, irguiendo su cabeza y emergiendo del butacón donde parecía dormitar.

—Bueno, ella era la cocinera... Los venenos pueden servirse mezclados en una comida bastante sabrosa como para disimular su sabor.

—¡Señora Winthrop, empiezo a cansarme de sus inconveniencias! —rugió Horace, airado—. ¡Gertie lleva años con nosotros, y ella jamás hubiera hecho algo así:

—Sin embargo, señor Elwood, no le falta razón en esa teoría —terció la voz fría de Sue Hendrix—. Ello pudo ser así. Y el miedo en una persona culpable es infinitamente más peligroso que en un inocente... Puede incluso matar de la impresión.

—¿Usted también? —Horace parecía realmente furioso—. Señorita Hendrix, aunque usted sea también de la creencia de que su padre murió asesinado, le advierto que no volveré a tolerar acusaciones que no pueden demostrarse...

—No acuso a nadie —sonrió gravemente la joven doctora—. Sólo

aceptaba una posibilidad, señor Elwood. Después de todo, lo importante ahora parece ser otra cuestión: ¿qué asustó realmente a la señora Woodward hasta causarle la muerte? ¿Fue una simple alucinación... o en verdad Kirk Matheson ha vuelto de entre los muertos?

—Me inclino ante la segunda posibilidad — sonó apagada, estremecida, la voz de la propia Eileen Matheson—. Esa cruz lo prueba sin lugar a dudas. Kirk está aquí... entre nosotros.

Y lo dijo de un modo que provocó un escalofrío general, como si realmente todos los presentes sintieran la gélida vecindad de un hombre muerto que había salido de su ataúd.

* * *

—Renuncio a seguir esta horrible farsa, Sue.

—¡Kirk! ¿Qué estás diciendo?

—Ya me has oído. No lo soporto más. Nunca imaginé que llegáramos tan lejos.

—¿Lo dices por la muerte de esa mujer?

—¿Por qué iba a decirlo, si no? Ha muerto una persona por mi culpa. Es como si la hubiera matado con mis propias manos —Matheson sacudió enérgicamente la cabeza, bajo la débil llovizna que persistía en la madrugada —. ¿Te das cuenta? Mi aparición le causó tal terror que paró su corazón. Es... ¡es monstruoso! ¡Es un asesinato!

—Kirk, entiende esto... Se asustó tanto... porque te temía. ¡Porque era culpable!

—Eso es lo que tú dices, Sue. ¿Qué pruebas tenemos de que esa mujer pusiera nada en mi comida o en la de tu padre, para provocarnos la muerte?

—Lo hizo, Kirk. Yo la oí admitirlo. Su marido es cómplice en ello.

—¿Lo oíste? —Matheson la miró desconfiado—. ¿O estás tratando de engañarme para que no me sienta culpable y siga adelante con esta insensatez?

—¡Te lo juro que lo hablaron los dos, marido y mujer! Ella te envenenó. Seguramente él le facilitó el veneno. Un jardinero maneja habitualmente el arsénico para matar ratas y otras alimañas.

—Pueden ser simples teorías, Sue. ¿Qué interés podían tener ellos en matarme? ¿Qué ganaban los Woodward con matarme a mí o a tu padre?

—Kirk, ellos eran sólo los ejecutores, ¿no lo entiendes? Les pagó alguien por ese sucio trabajo. Alguien que no quiso o no pudo llevarlo a cabo por sí mismo. Hablaron de «alguien» que les pagaba. Y también comentó Woodward que ignoraba su identidad, aunque algo parecía sospechar... Lo escuché oculta en la cocina, cuando ambos se creían solos. ¿Vas a creerme, Kirk? Te prometo que no te engaño. Tu aparición no hizo sino provocar un colapso que sólo su propia culpa, sus remordimientos, hicieron convertir en mortal. No fue un crimen, sino un acto de estricta justicia, ajeno a nuestra

propia voluntad. Ahora..: ahora es cuando el verdadero asesino empezará a sentir miedo. El dejar allí esa cruz fue un golpe maestro. Tu mujer está segura de que tú estás ahora aquí, entre nosotros... Acepta sin pestañear la posibilidad de tu retorno a la vida.

—Pobre Eileen... Debe estar sufriendo mucho.

—Creí que no sentías nada por ella...

—Siento, al menos, compasión. Me duele que sufra así. No lo merece. Después de todo, no me causó ningún daño. Ni yo a ella. Sencillamente, no éramos felices, eso es lo que ocurría. Espero que, cuando menos, ella sí sepa resistirlo.

—Lo resistirá... si no es culpable.

—No creo que Eileen lo sea, Sue.

—No podemos confiar en nadie. Hay un criminal entre ellos, es evidente. Tal vez estemos empezando a acorralarle. Si al menos tuviéramos un motivo...

—Eileen no tenía ese motivo —suspiró Kirk—. He recordado ahora que, estando en Londres, recién casados, firmé un documento mediante el cual ella era dueña legal de la mitad de mi fortuna, aunque estuviese yo vivo, en cualquier circunstancia. Eso es tanto dinero, que ella no necesitaría deshacerse de mí para ser rica. Y si quería el divorcio, por otro hombre, lo tendría. Nunca le puse objeciones últimamente, pese a ser católicos los dos. Consideré que tal vez era mejor para ambos.

—Vaya, eso sí que elimina casi por completo a tu esposa —meditó Sue, mordiéndose el labio inferior—. Yo no podía saberlo. ¿Por qué hiciste tal cosa, Kirk?

—Fue cuando se evadió un famoso criminal, el doctor Dermis Montagu, de la penitenciaría de Dartmoor. Durante el proceso, había jurado vengarse de quienes le enviaban a presidio de por vida. Temí que si me secuestraba o me causaba algún mal que no fuese la muerte, Eileen se quedara sin medios a su alcance.

—Oh, recuerdo eso. Hasta poco antes, mi padre y yo habíamos residido en Londres — asintió Sue Hendrix—. El doctor Montagu y sus víctimas, las ricas clientes maduras, que le dejaron una fortuna. . Pero nunca apareció ni se vengó en nadie...

—Luego lo supe. Era demasiado astuto y ambicioso para estropearlo todo por una simple venganza rocambolesca. Parece ser que huyó del país. Nunca dieron con él.

—Eso dijo mi padre. Después de todo, eran colegas y le había tratado en el Círculo de Médicos de Londres y en otros lugares... Mi padre era un gran fisonomista. Aún recordaba al doctor Montagu de cuando fueron juntos a la Facultad. En fin, dejemos todo eso, Kirk, Lo cierto es que tu esposa disponía de millones de libras, aun sin deshacerse de ti.

—Exacto. No tenía por qué matarme. Era, rica sin necesidad de tal cosa.

—Bueno, eso reduce el círculo de sospechosos —suspiró Sue—. En cierto

modo, más vale así. No me hubiera gustado que ella fuese culpable. Siempre hubieras dicho que yo tuve la culpa de desenmascararla. Además, ella no estaba aquí cuando mataron a mi padre... Ya era una baza previa a su favor. Con esto, queda fuera por completo.

—Sue... —las manos de Kirk se apoyaron en los hombros de la joven doctora—, Sue, tú..., ¿tú hubieras querido... que fuese ella, que mi matrimonio terminase de una vez?

—Quizá —ella se encogió de hombros, mirándole con ojos centelleantes —. Me gustas, Kirk. Me he enamorado de mi propia obra. Pero no deseo que te guste por gratitud o por simple deseo. Me gustaría amarte... y ser amada. De momento, es imposible, lo sé.

—Deja que esto pase, Sue. Mi mente..., mi mente sigue aún confusa. Ni siquiera sé si vivo o si estoy muerto... No conozco mis exactos sentimientos. Me muevo como... como en tinieblas, buscando mi camino. Un nuevo camino... para el tiempo que me toque vivir por segunda vez...

—Sí, te entiendo —murmuró Sue Hendrix—. En el fondo, yo soy responsable de todo eso. Intentaré ayudarte a encontrarlo, Kirk. Pero ahora, aunque pienses que este plan es un error, en realidad sólo está encaminado a que, eliminadas las tinieblas que oscurecen tu existencia, puedas ver con más claridad. Y quizá yo también...

Tras un silencio en la zona oscura del jardín, otra diferente a aquella que utilizaran anteriormente, y a la que Sue se encaminaba con Kirk tras ella, en la sombra tras advertir que nadie la vigilaba, Matheson terminó por afirmar con voz grave:

—Creo que tienes razón, Sue. Hay un asesino ahí dentro... y tenemos que encontrarle. Gertie ha muerto, y si era culpable de los envenenamientos, fue culpa de su conciencia, no mía. Pero ahora, hay que dar con la persona que paga a los Woodward para asesinar con veneno. Y creo que si alguien puede conducirnos a eso, es el propio Alan Woodward...

—En efecto —el rostro de Sue se cubrió de preocupación—. Pero ten cuidado. Mucho cuidado. Ese hombre es rudo, violento, poco dado a temores supersticiosos. No te fíes de sus reacciones. Podría ser que te atacase, pensando que eres un ser viviente y no un espectro... Y sería capaz de matarte, estoy segura.

—Sí, yo también lo pienso así... —sonrió gravemente Kirk—, Lo haré en la forma debida, no te preocupes...

Oprimió su mano con fuerza, fugazmente. Luego, Kirk Matheson se fundió en la oscuridad del jardín, mientras la hora del alba estaba cada vez más cerca.

Sue regresó subrepticiamente a la casa, sin ser advertida. Se acostó y logró conciliar el sueño. Cuando llegó el amanecer, nuboso y sombrío, ninguna novedad había tenido lugar en la mansión. Y todo siguió en calma, hasta que a eso de las ocho y media de la mañana, el

«Land Rover» del sargento Clemens se detuvo ante Elwood Manor


nuevamente.

SEGUNDA PARTE
JUSTICIA DEL «MAS ALLÁ»

CAPITULO I

—Parece que su llegada trae suerte, sargento —dijo Horace Elwood, apagando las lámparas eléctricas de la casa, ante la claridad diurna que entraba por las vidrieras—. Incluso volvió la luz...

—De eso hace ya casi media hora —asintió Clemens, con un viejo asomo de sonrisa, siguiendo ahora al padre de Wendy hacia las dependencias de servicio—. ¿Cómo fue, señor Elwood?

—¿Lo de Gertie Woodward? —Horace hizo un encogimiento de hombros —. Ya sabe... El fantasma. Su marido la halló en plena crisis. Luego, le falló el corazón. No sé si lo vio realmente o no. Pero allí estaba la cruz de plata que Kirk Matheson se llevara entre sus dedos, como recuerdo de su esposa, al otro mundo...

—¿Nadie pudo tocar el cadáver tras ajustar la tapa?

—No, nadie. Iba remachado con tornillos especiales. Costó mucho cerrarlo. Antes de aplicar la tapa, pudimos ver todos al difunto. La cruz de plata iba con él.

—Bueno, al menos no se habrá hecho vampiro... —comentó Clemens, con un árido sentido del humor—. Dicen que no soportan las cruces, sobre todo las de plata...

Horace no pareció complacido por su macabra broma. Clemens se enfrascó a partir de ese momento en el examen del cadáver, en estudiar su expresión, y en hacer preguntas breves a Alan Woodward, que las respondió con su habitual tono receloso y hosco. Se contradijo en tres o cuatro ocasiones, en cosas triviales, pero Clemens terminó la charla sin más complicaciones y regresó al salón, dejando al doctor Latimer, que había venido con él, así como el padre O'Riordan nuevamente, en compañía de la difunta cocinera.

—Ese hombre miente —dijo bruscamente Clemens, cuando sólo le podían oír Horace Elwood, Eileen Matheson y Sue Hendrix.

—¿Eh? —se sobresaltó Horace—. ¿Quién miente?

—El viudo, el jardinero Woodward. Miente, sin duda alguna. No sé por qué, pero no está tranquilo. Además de la muerte de su mujer, hay algo que le preocupa. Algo que está relacionado con su presencia, en el jardín, sin duda.

—Eso no tiene sentido. No creo que también crean que alguien envenenó a la pobre Gertie... y que su marido fue quien lo hizo —protestó Eileen.

—No he dicho eso, señora —suspiró Clemens—. Sólo que hay algo raro en ese hombre, en su declaración.; Algo que no quiere decir... Por otro lado, está asustado, furioso... Nadie se enfurece con un fantasma o un espectro, después de todo. Tiene que haber algo más, sea lo que sea...

—¿Y sobre esa cruz de plata qué opina usted realmente? —se interesó Sue Hendrix.

—Se lo diré dentro de muy poco, señorita —dijo Clemens, extrayendo algo del bolsillo interior de su impermeable. Lo tendió a Eileen—. Es el

permiso del juez Temple para proceder a exhumar los restos de su esposo. Lamento este trance, pero...

—No tiene que disculparse, sargento —sonrió tristemente la viuda. Examinó rutinariamente el documento y se lo devolvió—. Proceda cuando guste, por favor. ¿Es necesario que yo..., que yo esté presente?

—Sería preferible, por favor —asintió Clemens—. Por si la cruz estuviese aún allí y ésta fuese una buena imitación... Usted debe identificarlo todo. No la haremos mirar, a menos que sea absolutamente preciso. El doctor Latimer irá a su lado, por si precisa de sus servicios. ¿Cree que podrá soportarlo?

—Sí —murmuró ella, con voz débil pero firme—. Estoy segura. Vamos ya, por favor.

Cuanto antes termine todo esto... tanto mejor.

—Woodward ayudó a atornillar la caja —recordó Horace, arrugando el ceño—. Es muy fuerte. Nos haría falta añora, pero no creo que él...

—No, será mejor que no venga —dijo Clemens—. No es momento para eso...

Latimer regresaba en ese momento de la cocina. El sargento le miró y el médico dio su informe escueto:

—Ataque cardíaco. Murió de miedo, no hay duda. Pero si lo prefiere, se hará la autopsia esta vez, para evitar murmuraciones...

—Será mejor, sí —asintió el policía—. ¿Cómo está el marido?

—Mal. Parece f y sereno, pero está mal. Habla entre dientes, le castañetean éstos... Se niega a tomar sedantes... Juraría que, por primera vez, veo asustado a ese hombre. Mira en torno, mascullando cosas, como buscando algo, una sombra acaso...

—Sí, será mejor dejarle ahí —concluyó Clemens—, Señores, vamos a la cripta. ¿Viene usted también, padre O'Riordan?

—Sí, desde luego. Creo que debo estar presente... —afirmó el sacerdote, al tiempo que Cary se ofrecía igualmente para ir, junto con el abogado Coffern, indicando que harían falta para desatornillar la tapa, y también para, alzar la lápida del sepulcro, tras soltar igualmente sus tornillos.

El grupo se puso en marcha, en fúnebre comitiva, hacia el cercano cementerio, entre las residencias de los Elwood y los Hendrix. Estaba arreciando la lluvia otra vez, Desde la cocina, los ojos alelados de Woodward se fijaron de repente en la hilera de personas que iban hacia la cripta. Se incorporó, gruñendo algo entre dientes, y abrió la puerta trasera. Su recia mano temblaba ostensiblemente. Salió al jardín.

Y echó a andar en pos de la comitiva, á prudencial distancia, sin ser advertido.

CAPITULO II

La ceremonia fue fría, breve, pero dificultosa y pesada.

La lápida pudo ser destornillada tras duro esfuerzo, resonando cada golpe lúgubremente, en el silencio impresionante de la profunda cripta, situada bajo el nivel del suelo del camposanto. Unos escalones de piedra, tras la antecámara, conducían al fondo lóbrego, de muros de helada piedra, donde se hallaba la sepultura.

Esta, bajo la bóveda de la cripta, aparecía entre las diversas tumbas de los Elwood. La inscripción que Irving Elwood hiciera grabar sobre una losa de piedra gris aparecía bien legible sobre los ataúdes.

En esta ocasión, su contenido parecía cobrar un escalofriante y oscuro significado, que sobrecogía a los presentes. Pero ello no podía impedir que, inexorablemente, los propósitos del sargento se fuesen cumpliendo, paso a paso.

Una vez desprendida la tapa de mármol con el nombre de Kirk Matheson y la fecha de su muerte, más el sencillo aditamento de una simple cruz, apareció dentro de la oquedad alargada el oblongo féretro de excelente madera lustrosa y asas de plata. Sue Hendrix lo había reintegrado a su primitivo lugar, tras la resurrección de Kirk Matheson, y antes de dirigirse a Elwood Manor la noche anterior.

—Bien, caballeros —suspiró el sargento. Y él mismo se sorprendió de la profunda sonoridad de su voz en aquel lúgubre recinto—. Ha llegado el momento. Extraigan el féretro. Vamos a proceder a su apertura.

Era un pesado envoltorio de madera maciza, metal y espeso almohadillado con forro de raso violeta. Al cargarlo para depositarlo en medio de la sala, nadie pensó en que estuviera reducido su peso en casi sesenta libras. Retumbó sordamente al ser depositado en el centro de la cámara funeraria. Se enjugaron el sudor los presentes.

Ninguna luz llegaba del exterior hasta el fondo de la cripta. Sólo el reflejo de la triste claridad del día nublado, allá en la antecámara, a través de los vidrios de colores de un vitral emplomado. Era tan escasa, que se habían visto obligados a encender la luz eléctrica, procedente de las bombillas mate de unos candelabros con falsas velas. El ambiente era opresivo. Pese a lo aséptico y frío, resultaba ominoso, como si allí la Muerte tuviera un olor característico y sutil.

Eileen Matheson lo soportaba bien. El padre O'Riordan era su apoyo en esos momentos, mientras el doctor Latimer, Cary y el propio sargento, procedían a desatornillar la tapa, calmosamente, sin prisas, por su propia dificultad.

Al terminar la tarea, la tapa estaba suelta. Sólo faltaba apartarla. Las respiraciones jadeantes, era el único sonido perceptible en el lugar. Algo, un roce quizá, allá fuera, en la antecámara, o posiblemente el aire, moviendo los

matorrales del cementerio, les provocó un escalofrío.

Se miraron todos entre sí. El sargento contempló la pálida faz de Eileen. Apretó los labios y se decidió. Inclinóse. Apartó la tapa.

El grito de horror y estupor de los presentes, ante el féretro vacío, tuvo un rebote impresionante de ecos en el interior del panteón familiar.

—¡Vacío! —aulló Cary Elwood, aterrorizado.

—¡Dios, no puedo creerlo! —rugió Horace Elwood—. ¡Kirk no está!

—¡Matheson ha desaparecido del interior del ataúd! —chilló el doctor Latimer, frenético, sacudido por un repentino terror supersticioso.

Y por si esa confusión y horror ante lo inexplicable no fuera suficiente, hubo un nuevo grito inhumano allá fuera, en alguna parte al otro lado del umbral de acceso a la cripta.

Nuevamente, como la noche anterior, se captó un leve chasquido, y las luces se apagaron en su totalidad. La confusión aumentó de grado, mientras el sargento gritaba una y otra vez con tono brusco y autoritario:

—¡Orden, orden, por favor! ¿Qué ocurre ahora con esas malditas luces?

Eileen Matheson chillaba ahora, con una mezcla de angustia y temor, mientras el alarido de antes se repetía, en alguna parte del panteón de los Elwood.

El sargento Clemens intentaba evitar que todos salieran en tropel de la cripta en sombras, hacia la antecámara, débilmente alumbrada por los rojos, azules y amarillos del vitral emplomado.

Pero no pudo evitarlo, y él mismo se encontró fuera de la cripta, tras subir precipitadamente los escalones, tropezando con alguien, antes de hallarse en el exterior, más cerca de la salida del panteón.

Logró entonces extraer su potente linterna y dar claridad al recinto.

Nuevos gritos de pavor acogieron la presencia de la luz, cuando ésta reveló el cuerpo ensangrentado, tendido en medio de la antecámara, boca arriba, con los ojos desorbitados, la boca convulsa en un gesto de supremo terror. Y con un enorme cuchillo de cocina clavado hasta la empuñadura en su garganta, atravesándole totalmente, en un baño de sangre.

—¡Alan Woodward! —aulló Horace Elwood—. ¡Le han asesinado!

CAPITULO III

El sargento Clemens estudió dura y hoscamente a los presentes.

—Lo siento, señores —dijo con simplicidad—. Entre ustedes hay un asesino.

La señora Winthrop, Wendy y el vecino Scott Burns, que había vuelto a la casa para tratar de servir de ayuda en algo, y se encontró con las espeluznantes noticias de aquella mañana, contemplaron a su vez a todos los que habían estado aquel día en la cripta, con excepción de Eileen Matheson, que reposaba arriba, en su alcoba, presa de una crisis nerviosa. El doctor Latimer había descendido un momento antes, anunciando que al fin dormía, bajo la acción de los sedantes.

—Sargento, eso es muy aventurado —protestó Cary—. Woodward estaba tendido junto a la puerta del panteón. Pudo matarle alguien de fuera. Los cables de la luz estaban asimismo cortados justamente en la puerta. ¿No pudo venir una persona del exterior y clavar a Woodward ese cuchillo mientras él nos espiaba?

—Yo estoy seguro de que pudo ser así. O de otro modo. Tal vez Woodward mismo cortó la luz, por alguna razón. Y uno de entre ustedes salió veloz de la cripta, en la oscuridad, matándole cuando él ya había gritado de terror ante la ausencia del cadáver en su ataúd.

—¿Por qué querría nadie matar a Woodward? —objetó Horace, ceñudo.

—No lo sabemos, señor Elwood, pero la muerte de su esposa había trastornado sin duda a Woodward. Tuvo que tener alguna poderosa razón para que, pese a su estado de ánimo, decidiese seguirnos al cementerio sigilosamente. ¿Miedo? ¿A qué o a quién? ¿Deseo de venganza... sobre un difunto, sobre un fantasma? No es factible esto último. Woodward estaba aterrorizado. Y lo demostró al chillar cuando abrimos el féretro y nos oyó decir que el cadáver no estaba. Estoy convencido de que era suyo el grito inicial que captamos, como lo fue el de su brusca agonía, al ser acuchillado.

—Pero acuchillado... ¿por qué motivo? —insistió ahora el doctor Latimer.

–Ya le digo que lo ignoramos aún. Sin embargo, si el doctor Hendrix fue envenenado una vez, como su hija sospecha —miró significativamente a la silenciosa Sue, presente en la reunión en casa de los Elwood, al regreso de la trágica expedición al cementerio—, y si Kirk Matheson siguió la misma suerte, tal vez los Woodward no eran ajenos a ello. Puede que fuesen cómplices del criminal. Eso explicaría el profundo terror que causó en Gertie la aparición de Matheson... y en su marido el hecho de ir al cementerio tras de nosotros. Luego, el mismo terror que sentía Woodward, le sentenció a morir. El inductor de ambos supuestos crímenes, cometió el tercero, esta vez directamente.

—¿Inductor? —parpadeó el abogado Coffern, perplejo—. ¿Cree que hay un inductor, sargento?

—Si Woodward y su mujer tuvieron parte en el crimen, sin la menor duda. Ellos no serían asesinos, salvo por dinero o por... —se detuvo, al entrar en la sala su subordinado, el agente Rourke, que había acudido urgentemente a la llamada de su jefe, y que traía consigo algo, envuelto en tela, que entregó al sargento. Este lo examinó, asintió y luego lo mostró bruscamente a los presentes. Eran fajos de billetes. Había al menos tres mil libras esterlinas envueltas en plástico. Hubo un murmullo de sorpresa general—. Vean, señores. Esto confirma mis suposiciones plenamente. Era dinero de los Woodward, oculto bajo un ladrillo de su dormitorio, debajo de la cama. Demasiado dinero para los ahorros de un jardinero y de una cocinera, ¿no creen?

—Eso, sargento, ¿adónde nos conduce? —murmuró Burns, moviéndose inquieto en su asiento,

—A la confirmación de cuanto dije. Los Woodward estaban mezclados en algo sucio. Quizá esas dos muertes que, por error, calificó el doctor Latimer de naturales. El pánico del jardinero precipitó las cosas. Su inductor tuvo que deshacerse de él, para evitar que hablara demasiado. Es obvio que Woodward había terminado creyendo en la existencia del fantasma de Kirk Matheson.

—¿Y usted, sargento? ¿Qué piensa de ese aspecto de la cuestión? —quiso saber el abogado Coffern roncamente.

Clemens les miró a todos antes de confesar con tono grave:

—Señores, empiezo a creer que, ciertamente, Kirk Matheson ha salido de su ataúd para caer sobre su asesino, y que éste ya empieza a estar convencido de ello, por mucho que fuese su escepticismo. Es más: pienso que el espectro de Matheson lo tiene ya acorralado, que empieza a cometer errores tremendos, y a perder la serenidad totalmente. El crimen de esta mañana ha sido una prueba de ello. Ahora sí sabemos que hay un asesino entre nosotros.

—Pero ¿por qué, por qué? – Se exaltó Cary Elwood—. ¿Por qué mata esa persona?

¿Por la herencia del primo Kirk tal vez? ¡Entonces es uno de los Elwood, sin duda! ¡Uno de entre nosotros, sargento! Mi tío Horace, mi prima Wendy, mi prima Eileen... o yo...

El sargento le miró, sin decir nada. La voz de Sue Hendrix fue la que puso una nueva nota de dramatismo en el ambiente, pese a que sonó suave, apacible casi:

—Pero a mi padre no le mataron por esa herencia ¿verdad, Cary? Por tanto, estoy segura de algo: tiene que haber aquí otro motivo...

Y sus ojos penetrantes, escudriñadores, recorrieron rostro tras rostro, resbalando sobre ellos con una extraña, acusadora expresión, que hizo agitar inquietos a muchos de los presentes.

* * *

—Creo que no debo hacer más apariciones, Sue. El juego se ha vuelto tan

peligroso, que amenaza con destruirnos a todos, a poco que nos descuidemos.

—Empiezo a creer que tienes razón —musitó ella, asintiendo gravemente—. Tal vez hemos ido demasiado lejos. Y total, para nada. Seguimos sin saber la identidad de la persona que pagó a los Woodward por meter ese arsénico en la comida..., ni los motivos que tenía para ello.

—Tú sugeriste que podía haber otro motivo diferente al dinero de mi herencia — señaló Matheson bruscamente, clavando sus ojos intrigados en la doctora Hendrix—. ¿Cuál, Sue?

—No lo sé. Es algo a lo que he llegado por pura lógica. La muerte de papá está relacionada de algún modo contigo y con tu propio asesinato, Kirk. Por tanto, no se trataba de tu dinero, ya que papá nada tenía que ver con los Elwood, salvo que les visitaba, como se visitan todos los vecinos entre sí en esta región... Por tanto, si existe ese otro motivo, ¿cuál puede ser? No tiene sentido, ¿no crees, Kirk?

Paseó nerviosamente Matheson por el sótano de la vivienda de Sue, estudiando en silencio cuanto ella iba comentando. Se paró, tratando de evocar cosas confusas.

—Yo estuve poco tiempo aquí. Unos meses de estancia en Elwood Manor... y llegó la muerte. Yo la intuí, la presentí apenas llegué. Tal vez eso sea parapsicología, no sé. Pero era una sensación viva, palpitante. Se lo comenté a Eileen en varias ocasiones. Y por eso extendí este testamento...

—¿No lograste saber por qué tenías esa sensación, cuál fue el hecho que, de pronto, ejerció sobre ti tal influencia como para provocarte la impresión firme de que pedías morir en cualquier momento, pese a tu juventud y vitalidad?

—La verdad, no... —sacudió la cabeza, perplejo—. El caso es que creo que hubo algo... Algo que me retrotrajo a mis viejos temores infantiles...

—¿Viejos temores infantiles? —Se interesó vivamente Sue—. ¿Qué temores son ésos?

—Bah, cosas de niño. Las palabras de una pitonisa, presagiándome la muerte... y diciendo que ello sucedería siendo yo muy joven. Pero que volvería de la muerte, para vivir otra vez y ver cumplido mi destino. Tonterías, supongo...

—No lo fueron tanto —sentenció sordamente Sue—. Ello sucedió, después de todo...

—Sí, sucedió —admitió Kirk, de mala gana. Sus ojos permanecían fijos en el vacío, como evocando una serie de lejanos hechos que por primera vez analizaba conscientemente, extrayéndolos del desván de sus recuerdos, allá en el fondo de la mente—. Luego, ya no volví a tener miedo hasta..., hasta las amenazas de muerte, hasta que aquella mirada de odio me fulminó desde el banquillo...

—¿Cuándo fue eso?

—Oh, ya te lo conté. El proceso en Londres, el siniestro doctor Montagu, asesino de viudas ricas... Cuando le sentenciaron por haberle identificado yo,

que le había visto huir casualmente del escenario de uno de sus crímenes, disfrazado, eso sí, para no revelar su identidad...

—¿Disfrazado? ¿Y aún así le identificaste su verdadero rostro después?

—Ten en cuenta que he sido maquillador de cine —sonrió Kirk—. Era mi gran vocación. Podía identificar cualquier cara, aun bajo la caracterización de Frankenstein o del Hombre-lobo. Le reconocí de inmediato, y pude acusarle. Eso le hubiera costado la horca, de existir la pena capital. Como se había abolido, fue a presidio de por vida, pero luego escaparía de Dartmoor. Pero lo importante, lo que me despertó nuevos terrores subconscientes, fue aquella mirada de asesino, su forma de jurar que se vengaría de mí... Nunca lo olvidé. Pero luego, una vez él en prisión, me casé con Eileen y todo eso se olvidó, incluso cuando escapó de la penitenciaría.

—Y de repente, otra vez vuelven esos temores..,, aquí, en Elwood Manor.

—Sí —Kirk pestañeó—. Curioso, ¿no?

—¿Por qué, Kirk? ¿Qué pasó para que ello sucediera?

—No sé... No me paré nunca a pensarlo. Tal vez algo que vi, algún vago recuerdo...

—o alguien que viste —dijo bruscamente Sue.

—¿Alguien? —Matheson la miró pensativo—. ¿Por qué piensas tú lo mismo?

—¿Lo mismo que tú? —había un brillo peculiar en los ojos de la joven doctora.

—No. Lo mismo que ella...

—¿Ella?

—Eileen... Me dijo que si había visto a alguien que me hiciera recordar mis terrores de Londres, cuando aún éramos novios... Naturalmente, me reí, pero... —Matheson se detuvo de repente. Su rostro se había puesto tenso. Sus ojos brillaban. Miró a Sue Hendrix con repentina expresión excitada—. ¡Dios mío, Sue...!

—¿Qué te pasa, Kirk? —le apremió ella, repentinamente angustiada—. Sigue, sigue hablando...

—Sue, he recordado de pronto algo... Algo que pensé así, fugazmente, pero que luego se borró de mi mente, que no volví a pensar jamás...

—¡Sigue, sigue! —Le exigió Sue, conteniendo el aliento—. ¿Qué pensaste?

—Que alguien..., alguien aquí... tenía los ojos del doctor Montagu, aunque no su rostro... y me había mirado igual, por un momento...

—Kirk, los rostros se cambian —susurró la joven con un escalofrío—. Hay cirugía plástica, que es más práctica que los maquillajes de cine... Sobre todo para un antiguo criminal que posea dinero y quiera vivir en la impunidad... Pero los ojos NO cambian... ¿Quién es esa persona, Kirk, puedes recordarlo?

—No..., no muy bien... —Matheson miró a Sue, con repentino horror—. Cielos, no me digas que eso... es real. Que él, el asesino de Old Bailey está aquí... y me asesinó por venganza...

—Tal vez te asesinó por identificarle. El también leyó en tu mirada que le habías reconocido. Tuvo miedo. Como debió temerlo cuando papá... ¡Sí, Kirk! ¡Papá era MUY buen fisonomista, ya te lo dije! Y fue colega y compañero de estudios del doctor Montagu... Seguro que le identificó, pese a su físico cambiado..., y él... ¡le mató! Kirk, hemos dado con..., con la clavé, con la razón secreta...

—Pero entonces... —Kirk Matheson reveló angustia en su pálido rostro —.Entonces... ahora, Eileen... corre peligro. Un peligro mortal.

—¿Por qué, Kirk, por qué?

—Porque..., porque hablamos de ese asunto... y estoy seguro de que él, cuando entró en el salón... nos sorprendió hablando de ello, hace ya algún tiempo... Tuvo que oírle comentar a Eileen si la presencia de alguien de la casa había despertado mis viejos temores. Tal vez él piense que hablamos luego de ello,., y que Eileen sabe...

—¡Kirk, hay que intentarlo todo por salvar a tu esposa de ese peligro! —Exclamó Sue, corriendo al teléfono—. Voy a llamar al sargento Clemens.

—Pero ¿cómo podrás explicarle todo esto sin delatarte tú mismo, Sue?

—Le diré que tu espíritu me lo reveló. Espero que ello baste. Por otro lado, vamos corriendo a Elwood Manor tú y yo.

—Pueden verme, Sue...

—Vete por el sendero del cañaveral. Pero de todos modos, me temo que ya importa poco que te vean o no... Vamos a tener que jugar la última baza. Kirk, ante todo... ¿sabes quién es la persona que tiene los mismos ojos del doctor Dennis Montagu, el asesino?

—Sí —suspiró Kirk, moviéndose ya hacia la salida, mientras Sue telefoneaba al sargento Clemens—. Es... Scott Burns, el vecino de Elwood Manor,

CAPITULO IV

Scott Burns se retiró con rapidez. Ya todo estaba hecho.

En el lecho, la muerte parecía sentar bien a Eileen Matheson. Era como si durmiera aún, pálida y tersa, bajo el efecto de los sedantes.

Sonrió malignamente el hombre saludable, de rostro amable y risueño, el buen vecino Burns, de quien nadie sospechaba. Ya estaba resuelto el problema. Eileen no recordaría detalle acusador alguno. Estaba en la impunidad.

Los Woodward, sus cómplices, bien muertos. Como el maldito doctor Hendrix, tan buen fisonomista siempre. Como Kirk Matheson, que detectaba ciertas cosas de un modo casi magnético, sobrenatural!..

Arrugó el ceño, repentinamente sobresaltado, pese a su reciente optimismo, tras inyectar en una vena del alabastrino brazo de la señora Matheson, provocándole un auténtico paro cardíaco.

Matheson...

El nombre empezaba a ser una pesadilla, una obsesión para él. Había creído que todo terminó en su muerte. Luego, todos le habían visto, le habían oído... Y por si fuera poco, la señora Woodward murió aterrorizada ante la presencia de su víctima. Y la cruz de plata que apareció en la cocina.

Luego, el féretro estaba vacío. Woodward llegó al paroxismo del terror. Y él, que, a su vez, vigilaba la exhumación oculto junto al panteón, tuvo que intervenir, cortando la luz y matando a su cómplice, que tal vez sospechaba su identidad por alguna razón que a él se le había escapado...

¿Estaba realmente muerto Matheson? Y si lo estaba, ¿cómo volvió del Más Allá? No, no podía creerlo. El nunca admitió esas cosas. Sin embargo...

Sigilosamente retrocedió, se dispuso a cerrar la puerta suavemente, mientras desarmaba la jeringuilla y la aguja, para guardarlas en su bolsillo, tras la misión cumplida.

—Doctor Montagu..., asesino... ¿Ya lo hizo?

Se volvió, con un alarido de pavor. Sus cabellos se erizaron. De su mano escapó la jeringuilla y la aguja, rodando por el suelo de espesa alfombra, sin quebrarse.

Por vez primera, el asesino sin conciencia, el antiguo doctor Dennis Montagu, condenado a cadena perpetua en Dartmoor por el asesinato de ocho viudas ricas, cuyo dinero pasó a su poder, el actual Scott Burns, siempre cordial y afable con los vecinos, se enfrentó a algo en lo que no creía.

Algo materializado frente a él y que no podía venir sino de la misma Muerte, del eterno Valle de las Sombras...

¡Era Kirk Matheson, corpóreo e inconfundible, el que emergía al fondo del corredor, avanzando hacia él, con una expresión rabiosa y casi cruel en su pálida faz!

—¡No, nooooo...! — aulló Burns, despavorido—. ¡No es posible! ¡Vete,

espectro, vete! ¡No puedes volver de entre los muertos...! ¡Yo te envié allá, maldito seas...!

Ni siquiera se dio cuenta, en su horror sin límites, de que aquel aparecido no se presentaba como un espectro normal, sino que se movía rápido, seguro, flexible, con auténtica prisa, intentando cortarle toda posible evasión.

Sólo advirtió su presencia y su mente enloquecida, recordando la muerte y el entierro de Kirk Matheson, recordando que él mismo, para su tranquilidad, había tocado la helada piel del difunto, antes de que fuese cenado el ataúd, no pudo admitir otra explicación que la irracional: era un espectro vengador que iba hacia él. No hubo error nunca. Matheson estuvo allí, de regreso de la Muerte, dispuesto a hacer justicia en su asesino.

Se le nubló la razón. Acaso disparó sus nervios, rompiéndolos en brutal impacto. El frío asesino no reflexionó ni pensó nada, salvo en su pánico irrefrenable.

Y se precipitó hacia la vidriera, que destrozó a su paso, cayendo vertiginosamente al vacío, allá sobre el duro suelo de piedra de la terraza de Elwood Manor, mojada aún por la lluvia.

Entre el estrépito de vidrios pulverizados, llegó hasta Kirk Matheson, que llegaba por un lado, y hasta Sue Hendrix y el sargento Clemens, que llegaban por el otro, el impacto brutal de un cuerpo humano, cayendo de cabeza sobre la piedra.

Cuando se asomaron por el boquete, comprobaron que nadie podía hacer ya nada por el asesino de rostro desfigurado por la cirugía plástica.

Scott Burns —o él doctor Dennis Montagu— estaba muerto, con el cráneo aplastado desagradablemente contra la terraza.

Kirk Matheson penetró rápido en el dormitorio. Se inclinó sobre Eileen. La tocó, buscó su aliento, sus palpitaciones.

Como temía, era tarde. Montagu había cometido ya su criminal y temida acción. Había cometido su último asesinato.

—Pobre Eileen... —musitó Kirk, acariciando la yerta faz de color cera—. Pobre Eileen, criatura... Quise evitarlo... y no pude. Espero que sepas perdonarme...

Se volvió, mirando en patético silencio al sargento Clemens, que le miraba con una faz lívida y crispada, como si no supiera dar crédito a lo que veían sus ojos. Sue, al lado del policía, bajó los ojos.

—Lo siento, Kirk —susurró—. Lo intentamos todo para salvarla... No podemos reprocharnos nada. Montagu era muy eficiente como asesino. Tenía una larga práctica...

—Pero... pero él... —jadeó Clemens, señalando con mano estremecida a Matheson—.

El está... vivo... No parece... un fantasma...

—Sin embargo, sargento, lo soy en parte —confesó amargamente Kirk, caminando hacia él. No pudo sonreír, al ver retroceder instintivamente al policía, porque en estos momentos, ante el cuerpo de la que fue su esposa, era

difícil sonreír, aunque nunca hubiera habido amor entre ellos dos—. Puede tocarme. Soy sólido, corpóreo. Soy yo mismo. Pero volví de la muerte, a fin de cuentas...

—Pero... ¿cómo, cómo pudo ser...? —musitó Clemens, atónito, mientras se oía el tropel de gente subir las escaleras, para averiguar lo sucedido.

—Es largo de contar, sargento —suspiró Sue Hendrix. Quien añadió, como fría mentira que enmascaraba una realidad fantástica—. El..., él no había muerto totalmente al ser sepultado. Un estado como de catalepsia, provocado acaso por el veneno, mezclado a alguna droga que conocía Montagu, y que quizá daba apariencia de muerte natural, le mantenía vivo, aunque aparentemente muerto. Yo lo sospeché así y, sin decir nada a nadie, procedí a devolverle la vida por medios absolutamente clínicos, pero con mucha suerte, evidentemente. Ahora, por favor, detengamos a los demás en el corredor, antes de explicarles todo esto. No quisiera que pudiera morir nadie más a la vista de Kirk Matheson, el hombre que volvió de la muerte…

EPILOGO
DESPUES DE VIVIR

—¿Y ahora, Sue...?

—Ahora, estás de nuevo en manos de Dios. Siempre lo estuviste, pese a toda mi ciencia, Kirk... Sin Él, tal vez mi esfuerzo hubiera sido vano.

—¿Qué harás? —preguntó al verla quemar una serie de papeles en el fuego de la chimenea de la residencia.

—Borrar todo lo que queda de mi experimento: el secreto de la vida y de la muerte, Kirk.

—Pero, Sue, ese hallazgo... significaba la fama, la fortuna, el asombro de la Humanidad, el cambio total de las cosas...

—Tal vez por eso lo destruyo, Kirk. Me da miedo. No creo que las cosas deban cambiar. La vida y la muerte deben existir. Que cada una siga su camino. Yo sólo quería justicia para mi padre. Y en cierto modo, ya la conseguí. Igual que tú, aunque fuese a un precio muy alto...

—¿Eileen? —Asintió Kirk—, Sí, me duele su trágico final... Pudimos habernos separado, haber vivido nuestras vidas..., si es que tengo derecho aún a vivir...

—En realidad, lo que hice fue cambiar al destino. Tu muerte fue provocada, fue obra de un ser humano y no designio superior. Tal vez por eso te rescaté de las sombras. Quizá, después de todo, no era tu momento. Debías vivir. Y vives. Seguramente vivirás una existencia totalmente normal, como cualquier otro ser humano. Pero otros casos, de existir mi fórmula, serían distintos. En manos de otras personas, podría dar lugar a monstruosidades auténticas. Es mejor que haya habido un solo caso en el mundo: el tuyo, Kirk.

—Sue, sigo teniendo que agradecerte mucho. Después de todo, nunca fue tan verdad aquello de que... «mi vida es tuya».

—Hablas retóricamente, Kirk, no me debes nada —le sonrió dulcemente, tendiéndole sus manos—. Sigue tu camino de aquí en adelante. No te obligues por gratitud a nadie. Me bastará con que alguna vez me recuerdes amablemente, y pienses que habré sido una pequeña parte de tu futura felicidad, allá donde vayas...

—Sí, me voy ahora. Lejos de Elwood Manor, lejos de esta región. Posiblemente lejos de Inglaterra por un tiempo. Esto me deprime ahora, con los acontecimientos tan recientes. Pero no pienso irme solo.

—¿Qué dices? ¿Al fin te cautivó tu prima Wendy, tal vez? —rió Sue.

—Al diablo con los Elwood todos. Que sigan viviendo en su mundo de pasado, entre yermos y pantanos. Yo vuelvo al mundo donde hay luz, sol, mar, una vida distinta. Y tú me acompañarás.

—¿Yo? ¿Estás loco, Kirk? ¿Qué haría yo junto a un millonario como Kirk Matheson?

—Hacerle feliz... siendo en el futuro la nueva señora Matheson.

—Kirk, es una locura. Puedes cometer el segundo error de tu vida...

—Valdrá la pena probar, ¿no crees? —rió él suavemente—. Después de todo, esa vida te pertenece en gran parte. Es misión tuya hacerla lo más grata posible mientras dure. No puedes negarte, en conciencia.

—¿Lo haces un caso de conciencia, Kirk?

—Para mí es un caso muy distinto. Llámale cariño, amor, pasión..., lo que quieras.

Contigo aprendí lo que es sentir de verdad a una mujer en los brazos.

—Soy tuya, Kirk. No necesito ser tu esposa para que me tomes ahora mismo... y cuando quieras... —susurró ella, cerrando los ojos.

Notó la boca de él apretando húmeda y tiernamente la suya. Luego, el murmullo de la voz de Kirk llegó a sus oídos suavemente:

—Eso no bastará..., futura señora Matheson... Y esta vez ya no tuvo fuerzas para negar.

FIN